

R. 30991

4

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 GRANADA
 N.º Documento 244985
 N.º Copia 244991

DISCURSO

LEIDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1892 Á 1893

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA

POR

D. Federico Gutiérrez Jiménez,

CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN DE LA FACULTAD DE MEDICINA



GRANADA
 IMPRENTA DE INDALECIO VENTURA
 1892.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900244980
 BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA

10 587

Ilustrísimo Señor:

El día 12 del mes corriente va á celebrarse, con pompa extraordinaria y regocijo universal, el IV centenario del descubrimiento de un mundo por Cristóbal Colón. Este hecho, el más grande de la historia humana, segunda creación semidivina, se debió al santo concierto de la fe, de la ciencia y del entusiasmo, que ardían en las almas de una reina y de un marino, cuyos espíritus se encendieron á la luz y al calor de un mismo ideal, en el lugar más hermoso de España y en los momentos más solemnes de la patria historia. Granada, la Jerusalén española, aurora de una religión, noche de otra, corte de una civilización espléndida, que se extingue, cuna de otra más severa civilización que se levanta y resplandece, caía en poder de los Reyes Católicos; y dos culturas, una en su ocaso y otra en su oriente, habían juntado sus resplandores para alumbrar aquel gran día en que, alcanzada la unidad patria, formaban ya un poderoso organismo los diversos miembros de la nacionalidad hispana. Y no bastando al genio español los límites estrechos de la Península, rompió las columnas de Hércules, sorprendió los misterios del Atlántico, y arrancó del fondo de los mares tenebrosos un mundo nuevo, adonde llevó la cruz de Covadonga para que se bendijera á Dios con la hermosa lengua de Castilla. Aquellos mares que recibían el primer beso de quillas españolas, ofrecieron á nuestros aventureros, convertidos

en héroes, una tierra rica, espléndida, feracísima; y Dios daba á nuestro pueblo, según palabras elocuentes, el destino más alto de los humanos destinos: (1) «el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramal fué á prender en tierra, intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco».

Gran pueblo el que realizaba estas maravillas; y hermosos tiempos aquellos en que no considerábamos terminada la obra redentora que se consumó en las orillas de nuestros ríos, entre las palmas de nuestra vega, en las almenas de nuestra ciudad y en los altares de nuestros templos, y nos lanzábamos por mares nunca surcados para llevar á la nueva Atlántida los tesoros de nuestra civilización, los tesoros de aquella civilización cristiana y europea, que abría, en las selvas colombinas, sepultura digna á la Edad Media, levantando á la par la cuna de la Edad Moderna, bañada por la luz material de los Trópicos y por la luz espiritual del Renacimiento.

Impulsos generosos de un pueblo, que luchó ocho siglos por reconquistar su propio suelo y que llevó su fe y su entusiasmo á ese otro mundo que surgía al mágico conjuro de las virtudes de Isabel I y del saber de Colón. ¡La fe y la ciencia!..... Que bien se patentiza la primera en el gran descubridor y en los patrocinadores de su temeraria empresa.....! Colón, Isabel I, la Marquesa de Moya, Fray J. P. de Marchena, el médico de Palos García Fernández, el Duque de Medinaceli, Deza, Santángel y todos los héroes de aquel asombroso poema iniciado en el Real de Santafé y en los camarines de nuestra sin par Alhambra, todos se manifiestan (2) «propagadores de la santa y cristiana religión y enemigos del mahometismo y de toda idolatría y heregía»; y Colón bautiza con nombres santos las primeras islas descubiertas: San Salvador..... la Concepción de María....

(1) Menéndez Pelayo.—Historia de los Heterodoxos españoles: tom. III, pág. 834.

(2) Palabras de una carta de C. Colón á los Reyes Católicos.

Y la ciencia no es menos patente: ciencia de adivinaciones geniales, de conjeturas sublimes, como la profecía contenida en la *Medea* del gran trágico hispano-latino, el pasaje de «*El Cielo y el Mundo*», de Aristóteles, las vagas noticias de Estrabón y Plinio, los viajes de Marco Polo, las lecturas de Ptolomeo y la Astronomía de Alfargán, las confusas ideas de Nearco, Eliaco y nuestro Raimundo Lulio, conceptos oscuros y sibilíticos para la común inteligencia, pero luminosos, clarísimos para el genio del inmortal genovés.

El año 1492 que vió bautizados la *Colina roja*, y los árabes alminares de nuestra ciudad, desde los que se contemplan, con los ojos de la inteligencia y se iluminan con los destellos de la imaginación, los dos mundos de la historia nacional, el pueblo árabe y el pueblo cristiano, el elemento oriental y el elemento clásico, las letras greco-latinas y las letras judeo-arábigas, el sensualismo de los unos y el espiritualismo de los otros, la laguna azul dormida entre márgenes de flores y el vapor que se forma de sus aguas, se remonta en nebulas á los cielos y se descompone en lluvia fecunda sobre los campos sedientos,..... vió también aquella tierra americana, soñada por las musas helenas, con su cielo tropical, encendido en vivísimos colores; con sus laberintos de bosques, poblados de fieras y aves ingentes, que ostentan las unas la enormidad de sus fuerzas y las otras la variedad de sus cantos; con su cadena de sierras y montañas, que ciñen tocas de eternas, inmaculadas nieves, y visten amplias vestiduras de vejetación lujurante; y, en suma, con hermosura de encantos virginales, realizados por el prestigio de la lejanía, y el atractivo de lo grande, lo nuevo y lo misterioso.

Con cuánta razón se conmemora hoy en todo el mundo civilizado el IV centenario del glorioso descubrimiento! Ah! no os extrañe que me sienta atraído por los recuerdos brillantes del magno suceso, al llevar en este momento por designación, para mí honrosa, de nuestro sabio y dignísimo Sr. Rector, la voz de la Universidad granadina, que celebra hoy la acostumbrada fiesta anual de la apertura de estudios; ni os maraville que en la solemnidad académica más augusta de las que se celebran en un templo del saber, me atreva á asociar el nombre de aquel loco-sabio, descubridor de las Indias Occidentales, á los nombres oscuros ó mal conocidos de los espa-

ñosles que, al espirar la centuria décima quinta, echaban los cimientos del siglo de oro, de aquel siglo español por excelencia, que, lleno de juventud y de vida, pobló de navegantes el Occéano, de conquistadores las tierras y de sabios las Universidades de Europa. Y vueltos los ojos del espíritu á la fecha memorable que solicita hoy la atención del vulgo y la admiración de los doctos, permitidme, Señores, que con la poquedad de mi ingenio, alentado con los esfuerzos de mi voluntad, ose presentar á vuestra atención benévola UNA BREVE RESEÑA DE LA CIENCIA ESPAÑOLA DESDE SU ORIGEN HASTA LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, Y SEÑALADAMENTE UN BOCETO DE LA DEL SIGLO XV.

I.

Esfuerzo verdaderamente inútil es remontarse á las edades pre-romanas en busca de datos científicos. Que viniera el *alfabeto* entre las mercancías de los navegantes fenicios, colonizadores los más antiguos de nuestro litoral; que desembarcaran en las llanuras contiguas al Sacratif, de donde fueron rechazados hacia el islote gaditano, más por el brío de los rudos granadinos de entonces, que por la voz de los númenes consultados entre el fuego y la sangre del sacrificio; que los *Turdetanos*, habitantes del suelo andaluz, tuviesen desde remota antigüedad *leyes y poemas en verso*; que los griegos sembrasen en sus colonias hispanas algunas semillas de su civilización levantando templos á *Artemis* y á *Hermes* y preparando así el terreno al politeísmo clásico; y que, antes de los griegos, adorasen á la naturaleza los *celtas*, verdaderos panteístas ó idólatras de una sola fuerza universal, alma del mundo; todo es obscuro y problemático, y sin certidumbre para figurar, como dato positivo, en la historia de la ciencia. Pasemos por delante de los *dólmenes* y *túmulos* que, erigidos en nuestros campos, desafían la curiosidad de la *protohistoria*; cerremos, por ahora, el libro enigmático de la mitología asturo-

galáica, donde brillan, entre sombras, divinidades extrañas al Olimpo; dejemos á los filólogos y arqueólogos beber en las aguas del sagrado manantial que murmura frases célticas de la *Dea Fontana*....: otros más afortunados que nosotros, aprovechando y terminando la sabia labor del siglo XIX, romperán los sellos del arcano, traducirán los hieroglíficos y leerán la verdad de la historia primitiva de España en las piedras escritas, en las raíces verbales, en las creencias supersticiosas y en las cavernas sagradas, que custodia la esfinge temerosa, oráculo todavía indescifrable para los modernos Edipos.

En todo linaje de exploraciones científicas, hay necesidad de remover el terreno cultivado de la España romana. Roma subyuga y civiliza completamente la Bética, y con imperio menos absoluto las demás regiones peninsulares. Lengua, costumbres, ritos, administración, cultura..., todo es romano y latino desde el *Ibero* al *Singilis*, y desde los *Pirineos* hasta el *Estrecho de Hércules*. El genio romano une por medio de calzadas las ciudades hispánicas con la capital del orbe; establece colonias y municipios florecientes en las estaciones de esas vías militares; funda en *Oscá*—(la Huéscar de nuestra provincia), (1)—una verdadera Universidad de estudios para latinizar completamente á la juventud ibera, y oponer su ciencia y su vigor, al vigor y á la ciencia de la juventud romana; sabe atraer á la metrópoli la flor de nuestros ingenios y los instruye, educa y disciplina, convirtiéndoles de oscuros discípulos en maestros insigünes, de tal suerte y con tal éxito, que de los españoles puede decirse lo mismo que dijo Horacio de los *helenos*: vencidos por las armas romanas, vencieron á los romanos por la virtud de las letras. Un andaluz (*Porcio Latron*) abre en Roma una academia de Retórica, ciencia comprensiva entonces de la Gramática, la Oratoria, la Literatura y la Filosofía. Otro hijo de la Bética, (*Séneca el mayor*) reúne en un centro académico á los jóvenes patricios, desde el futuro Cónsul hasta el César futuro, y no solo les enseña las reglas del difícil arte oratorio-político, sino que también señala y condena los vicios corruptores de la elocuencia; otro, de la misma estirpe, de la misma familia *Annea*, escribe tratados famosísimos de filosofía estóica, lindante con la se-

(1) Y no la Huesca de Aragón. Mariana, Lafuente Alcántara y otros historiadores sostienen esta opinión con razones dignas de crédito.

vera moral cristiana, y de paso recita dramas trágicos, donde se reflejan potentes el vigor de su austera filosofía y el vigor de su imaginación andaluza; y otro cordobés,—el tercero de los que produjo la *facunda Córdoba* de Marcial—el poeta Lucano, Góngora del siglo de Nerón, al abogar elocuente por la libertad en los cantos épicos de su *Farsalia*—la mejor epopeya latina, si no existiera la *Eneida*—demuestra, sin pensarlo, una gran verdad científica, las leyes biológicas de la herencia y del medio, que nos explican la exuberante vegetación poética de los vates andaluces, productora de aromas y colores idénticos, en dos imaginaciones que florecen y fructifican con la misma lozanía, á muchos siglos de distancia, al calor de civilizaciones diversas, bajo el cetro pagano de los Césares y bajo el cetro católico de los Austrias. Hispano, no bético, es el inmortal Quintiliano, cuyas *Instituciones Retóricas*, con la *Poética* de Aristóteles y la *Epístola* de Horacio, forman la triple base fundamental del *arte de bien decir*, monumento imperecedero construido por el gran crítico y artista hispano-latino, á cuyos pies se han estrellado impotentes las olas de los siglos y las revoluciones del arte. ¿Y cómo olvidar en esta breve reseña, á los varones apostólicos que trajeron á España la *buena nueva*, á los mártires que la consagraron y rubricaron con su sangre, y á los poetas que la cantaron en sus estrofas de hierro enrojecido al fuego del sacrificio? Prudencio, el cantor de los héroes de la fe cristiana, dedicó la lira horaciana, rotos los vasos del Falerno y las flechas de Cupido, á los sagrados cálices en que hervía la sangre redentora del mundo, y á las flores del Amor divino que, húmedas todavía con el rocío de este valle de lágrimas, se abren con galas inmarcesibles en los jardines eternos de la gloria. Aun suenan bajo las bóvedas de nuestras catedrales los himnos del gran poeta celtibérico, que nos legó juntas las santas creencias y las historias santas de aquellos niños heroicos, de aquellas mujeres varoniles y de aquellos hombres gigantes, que fundaron la España cristiana y la cristiana civilización.

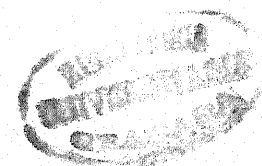
La antigua España ¿qué láuros pudo coger en el campo de las ciencias? Pocos y desmedrados obtuvo Roma, su maestra; más escasos tenían que ser los de su alumna. Sin embargo, un filósofo

poeta, Séneca el trágico, rindió igual culto á Apolo y á Minerva, escribiendo largos y curiosos artículos de *mineralogía* en sus *Quæstiones Naturales*, con la misma pluma que trazó en la *Medea* el *coro profético* de un *nuevo mundo*. Gloria también española, y quizás de esa familia de los Sénecas, es el docto *Pomponio Mela*, que bajo el cetro de Claudio, compuso la primer obra de Geografía general que conocieron los romanos. Recorriendo las descripciones *De situ orbis*, bogamos con la nave de la imaginación por el mar africano, registramos punto por punto el litoral de la vecina Mauritania, y arribamos á las columnas de Hércules, principio y término de esta escursión geográfica.

También en la esfera científica—(que á la vez ciencia y arte es la labor agrícola, enaltecida en las *Geórgicas* de Virgilio),—un ingenio hispano-latino, hijo de Gades, levantó una de las tres bases fundamentales de la agronomía hispana; un sevillano, de raza árabe, construyó la segunda; y un cristiano de los vencedores de Granada la mora, tuvo la suerte de erigir la tercera; formándose de esta manera, con el concurso armónico de tres civilizaciones diversas, la gran construcción científica de nuestra Agricultura, obra admirable que no cede en profundidad ni en solidez á ninguna de las extranjeras: *Columela*, con sus doce libros *De re rustica* (siglo I); Abu Zacaríá, con su Agricultura castellanizada por el orientalista granadino Banqueri (XII); y Herrera (1), con su *Agricultura copilada de diversos autores* (principios del siglo XVI), son los tres fundadores de la Agricultura española, que por razones cronológico-históricas, se puede y debe considerar producción clásica de los quince primeros siglos de nuestra cultura.

Llegando al terreno de las ciencias médicas (que reclaman nuestra particular atención) hallamos en la España primitiva vestigios de conocimientos en el arte de curar. Aquí, como en todas partes, el curandero, que es juntamente sacerdote, poeta, juez y patriarca de la tribu, aparece con grandeza cuasi-divina en el obscuro pórtico de la historia. Todos los pueblos deificaron, en la exaltación de su gratitud,

(1) Gabriel Alonso Herrera. Su obra se publicó en 1512, bajo los auspicios de Cisneros. Es mejor edición la de 1818.



al primero que atajó con agua fría la corriente de la hemorragia, y al que logró ahuyentar la calentura con infusiones de aromáticas hierbas. Egipcios, indios, persas, fenicios, griegos, mejicanos, divinizaron á los legendarios curanderos que se nombran Osiris, Apis, Thot, Prometeo, Eleutho, Macaón, Diana, Esculapio, Circe, Medea, Toxaris, Dháuvantari, Thrita, Izapotlemán, Baaltis.....

En España, antes de la influencia romana existieron médicos indígenas que curaban las enfermedades por medio de productos del suelo peninsular, ó de específicos de su invención, que consignan en sus obras Estrabón y Plinio, el naturalista. La terapéutica ibero-primitiva colgaba al cuello la verdolaga para curar las anginas; calmaba con el hinojo la excitación de los nervios; modificaba con las hierbas; *cantábrica* y *betónica* las lesiones del aparato digestivo; aplicaba á la mordedura de los perros rabiosos los polvos de la *víbora caule*; atajaba los vómitos de sangre con los caracoles de las Baleares, y lograba maravillas con la panacea de las *cien hierbas*, tan famosa en la edad hispano-romana, como en tiempos posteriores las *triacas galénicas*, los *amuletos árabes* y los *específicos modernos*.

De los prácticos iberos, que obedecían á los impulsos del instinto y á las leyes de rudimentaria observación, tomaron los cultos romanos, creyéndolos sin duda beneficiosos, aquellos medicamentos de la Farmacopea indígena que, no obstante la obscuridad de su origen, figuraron en las materias médica y farmacéutica del sincretismo alejandrino.

Latinizados ya por el influjo de la cultura romano-hispánica, los médicos españoles alcanzaron tanta honra y provecho como los más ilustres de Roma, esto es, como los más ilustres del mundo entero que se compendia entonces en la gloriosa ciudad de Rómulo. España mira, con el interés de un pueblo culto, por la salud de sus hijos, ya construyendo acueductos, cloacas, baños y fuentes públicas, ya enalteciendo con grandes distinciones á los médicos, ya consagrando altares á las deidades protectoras de la vida. Una matrona opulenta, Junia Rústica, enriqueció con generosa esplendidez el municipio Cartamitano, dotándolo de suntuosos monumentos, entre ellos, un establecimiento balneario, construído con arte y magnificencia, y jardines poblados de amplios estanques, fuentes y estatuas

de mármol. Postumio dedicó en Antequera dos aras á Apolo y Esculapio, y otra al genio morador del venero de Fuenta-piedra, cuyas aguas le habían aliviado de gravísima enfermedad. *Isis* y *Serapis*, deificados por los egipcios como curanderos milagrosos, recibieron ofrendas piadosas en Antequera y Guadix, donde les erigieron altares Sexto Erófilo y Julia Calcedónica. El templo de la Virgen de los Desamparados, tan caro á la devoción del pueblo valenciano, recuerda el consagrado allí mismo al divino Esculapio. S. Miguel, de Barcelona, es también una iglesia que en remota antigüedad pudo oír los saludables oráculos del hijo de Apolo y de la ninfa Coronis.

Para no citar muchos nombres de médicos hispano-romanos que gozaron de celebridad, sólo tres sacaré de los anales antiguos. La epigrafía nos ha conservado, entre otros, la grata memoria de *Cayo Allio Januario*, médico ilustre de la antigua Pax (Béjar), y la del tarraconense *Tiberio Claudio Apolinar*. Pero ninguno de éstos, aunque honrados con inscripciones lapidarias, gozó de la fama y alcanzó las preeminencias de *A. Musa*, médico también de Tarragona, que tuvo la fortuna de curar á César Augusto de una grave enfermedad del hígado, que había contraído en nuestra Península. El César, como muestra de reconocimiento, concedió entonces á los médicos el bastón y el anillo, signos de nobleza, como los usaban los caballeros romanos: merced extraordinaria y honor desconocido para los médicos españoles, lo mismo que para los de Roma.—Todavía podemos citar un escritor de aquella época, tratadista de *Materia Médica*: el sabio *Marco Anneo Novato* que trazó una obra relativa á las plantas medicinales que se pueden criar en los huertos.

Y ya penetrando en la España goda (siglo VII), y guiado por la tradición latina, aparece un prelado médico, Paulo, Obispo de Mérida, que así atendió á la salud del alma, como á la del cuerpo; pues, con la habilidad propia de un esperto cirujano, practicó felizmente la operación cesárea.

Científica y literariamente llena el período gótico y aun salva sus linderos, un solo nombre, el gran nombre de S. Isidoro, Arzobispo de Sevilla, autor de las *Etimologías*, lago en que desembocan todos los ríos del saber antiguo, fuente inexhausta de la *Edad media*, que templó la sed del pueblo español en siglos tan largos y oscuros, y

llevó sus aguas fecundantes más allá de los Pirineos, á las escuelas carlovingias, ilustradas por los sabios españoles *Claudio*, *Teodulfo* y *Prudencio*. En las *Etimologías*, primera enciclopedia conocida, hay noticias de todo: hay retórica y matemáticas, historia natural y teología, ciencias político-morales y ciencias médico-quirúrgicas. Aquel saber es greco-latino, más que godo; pero sean cuales fueren sus orígenes, aquel saber luminoso acrecentado por el esfuerzo común, osciló sin apagarse al rudo soplo de los bárbaros; iluminó las escuelas-atríos de las catedrales; brilló en la penumbra del claustro, donde copiaba el monje los códices de la sabia antigüedad; irradió con celestes fulgores en la frente de los mártires cordobeses, víctimas del despotismo musulmán, y alumbró, en fin, el camino de cien generaciones católicas casi hasta la aurora del Renacimiento.

II.

Los árabes españoles, ensalzados ayer hasta las nubes y humillados hoy hasta el polvo, en virtud de esas acciones y reacciones que son ley fundamental de la historia, no fueron en realidad de verdad, filósofos, ni sabios, ni artistas originales, sino trasmisores de la sabiduría helénica. En metafísica, oprimidos por el círculo de hierro del Korán, se ciñeron á la interpretación y comentario perpetuo de Aristóteles. Sólo hay conatos de independencia filosófica en las sectas disidentes (*Motazales* y *Motecallemín*).—En la ciencia, propiamente dicha, su influjo es más poderoso: Europa bebió en sus escuelas el saber medio-eval, desde la magia hasta el álgebra, y desde el horóscopo, deletreado en el alfabeto misterioso de las estrellas, hasta la piedra filosofal y el elixir de la vida, que no acaban de salir nunca de la cueva y del horno del alquimista.—Y en el arte, la pureza clásica se les escapó. La *Poética* del Estagirita fué un libro que no pudieron abrir del todo; la lírica, esa lírica ponderada que, engañados por la rutina, soñábamos rica y espléndida de luces y colores, ¡ah!

esa lírica resulta, vista ya de cerca, una especie de culteranismo palabrero, ó de conceptismo vano y anfibológico.

En la arquitectura, que es el arte colectivo, el arte que manifiesta el alma de un pueblo en caracteres de piedra y bronce, los árabes no revelan tampoco originalidad ni fantasía: sólo los moros granadinos, herederos de la cultura arábigo-hispana, que tiene tanto de cristiana como de musulímica, dejaron, por rara y brillante excepción, una muestra espléndida de su genio, el alcázar labrado por las hadas y las huríes, al decir de los poetas, en la *Colina roja* de la *Alhambra*.

Y que no podía ser de otro modo lo dice hoy la crítica histórica, presentándonos á los vencedores de D. Rodrigo poco menos que en el hábito de tosquedad y rudeza que traían de sus selvas los bárbaros del Norte. Los visigodos, en contacto con los hispano-romanos, adquirieron una civilización superior á la de todos los demás pueblos de Europa en aquella época de transición y de lucha. Los musulmanes recogieron, en las cultas ciudades hispano-góticas, los gérmenes de aquella civilización que florece después con lozanía en los alcázares de Córdoba y Granada.

Á principios del siglo X, un cordobés, *Mesara*, trae de Oriente las doctrinas del falso Empédocles relativas al *amor*, que late en el alma universal, en pugna con el *odio* que late en el seno de la naturaleza.

El zaragozano *Avempace* (*Ben-Padja*), siglo XI, cae en el panteísmo averroista en su obra *De la unión del alma con el entendimiento agente*. Y en la que intitula *Régimen del solitario*, abraza el misticismo, ensalzando sin embargo el poder de la razón, al contrario de *Al-Gazel* (nacido en 1058), apellidado el Donoso Cortés del Islamismo por un historiador moderno. Tiene *Avempace* una utopía política al lado de su tesis filosófico-tradicionalista: la del solitario que vive en un estado imperfecto, y para mejorarlo, se mejora á sí propio domeñando la grosería *hylica* de nuestra naturaleza, con el fin de arribar, por la posesión de las formas universales y especulativas, *ideas de las ideas*, á la *unidad de la ciencia*, codicia sublime y aspiración titánica de los pensadores más altos de la humanidad. Gloriosa concepción es ésta, superior á la de todos los filósofos orientales, y que con ser gloria del árabe zaragozano, redundará en loor de su discípulo

Tofail, el sabio médico y filósofo granadino, ó con más exactitud, novelista gadixense del siglo XII. ¡Qué peregrina invención la suya! Aquel solitario de la isla desierta, nutrido su cuerpo con la leche de una cabra, y con la leche de las ideas su espíritu; aquel pedagogo singular, educador de sí mismo, *autodidacto*; psicólogo que, lejos de la variedad multiforme de la realidad externa, se abisma en el mar de su conciencia y, separando lo espiritual de lo corporal, se asienta en la roca firme de la substancia, que es el espíritu; asceta, que rompe con la materia y se aniquila como los yoguis indostánicos; místico, en fin, que con las alas del éxtasis y el viento de las revelaciones maravillosas, sube, se purifica, se eleva, se remonta á la cumbre del saber, y llega á identificarse con Dios, luz de luces, unidad de las unidades, substancia única de todos los seres! *Hai*, el solitario, ó *Abubeker*, el gadixense, influyó con esta novela místico-panteísta, no sólo en los árabes españoles, sino también en algunos pensadores cristianos, y por sus traducciones latinas, inglesas y alemanas, en más de una secta protestante que todavía se arroba en los ensueños del moro granadino.

Pero el cordobés *Averroes* es el pensador más fecundo y prolífico de los árabes. Su triple *comentario* y *explicación* de *Aristóteles*, su *refutación de Al-Gazel*, su *conexión del intelecto agente en el hombre*, su *Consenso de la filosofía con la teología*, su obras, que en ediciones latinas corrieron por todas partes, denuncian su panteísmo: la materia prima, mera capacidad, que está pasando por continuo y eterno movimiento, de la potencia al ser actual: *amphora formarum*, de cuyo fondo mana el perpetuo torrente de las generaciones: substancia primera, origen de todas las existencias individuales, donde caben todas las materias y todas las formas, menos la de Dios, uno y personal, creador y providente, *alfa* y *omega* de todas las cosas.

Estas audacias filosóficas, inconciliables con el Korán, no evitaron á su autor, respetuoso en lo exterior con el islamismo, primero disgustos y luego persecuciones: los almoravides quemaron las obras del gran panteísta: los almohades lo desterraron y amenazaron de muerte, después de entregar á las llamas sus libros heterodoxos.

Y con la muerte de *Averroes* (1198) y la hoguera en que arrojaron el averroísmo, el espíritu filosófico de la raza árabe pareció eclip-

sarse y sucumbir, para renacer en manos de la raza judía. Porque no acaban las ideas entre la sangre y el fuego como los hombres: después de cuatro siglos de agitaciones, al espirar el siglo XVII, la serpiente averroísta movía aún sus últimos anillos en una academia de Italia.

Si de la filosofía pasamos á las ciencias, la figura de los árabes, como propagandistas de ideas, adquiere más altas proporciones. En el siglo X, presenta la ciencia árabe-hispana el nombre ilustre de *José el hispano*, autor del libro *De multiplicatione et divisione numerorum*, de donde tomó, probablemente, su sistema de numeración el famoso Gerberto (después Silvestre II, en la serie de los papas), que no aprendió en escuelas árabes—como algunos todavía propalan—sino bajo la férula de Athón, obispo de Vich, esto es, en la región española menos influida por el arabismo. Pero á *Josephus hispanus* eclipsó el madrileño (*Magherity*) *Abul Cassem Moslema*, celeberrimo por su libro del *Astrolabio*, sus doctos comentarios á las *Tablas de Albategui*, y sobre todo, por haber instituido en Córdoba una escuela que tuvo multitud de discípulos, tan sabios como *Aben-Essamej*, que glosa á Euclides, escribe tratados de matemáticas y tablas astronómicas y explica la manera de construir y usar el astrolabio; y *Aben Esosfar*, que vivió y murió en esta ciudad de Granada, dedicado á la enseñanza de la ciencia de la cantidad, que aplicó en sus *Tablas astronómicas* y en el *Tratado del Astrolabio*, instrumento de que era su hermano Mohammed hábil constructor, el más famoso de su tiempo. Sin salir del XI, siglo en que florecieron estos y otros sabios alumnos de la escuela cordobesa, no es lícito hacer preterición del valenciano *Abu-Zaid*, tratadista de Aritmética y Álgebra, ni del cordobés *Azarquel*, domiciliado en Toledo, que hizo más de cuatrocientas observaciones para determinar el apogeo del sol; que fijó en 49 y $\frac{1}{2}$ grados á 50 el movimiento de precesión de los equinoccios (casi lo mismo que los sabios modernos que lo fijan en 50°); que inventó instrumentos y aparatos notables, como el *astrolabio zarcallicum*, y escribió varios tratados de matemáticas y astronomía, obras vulgarizadas por Gerardo de Cremona. Y Cremona también, si no es hijo de España, á la ciencia española debe su valía, pues desde Toledo, residencia de los mejores años de su vida, extendió

por Europa y divulgó sus numerosas traducciones, vasta enciclopedia del saber judeo-arábigo.

Ya en el siglo XII, ¿cómo pasar en silencio al astrónomo más original del arabismo, adversario radical de Tolomeo, reformador de la astronomía, que pretendía armonizar con la física, cuyas discordancias repugnaba, y depositario fiel, en medio de sus atrevimientos, de la cosmología de Avempace, Thofail y Averroes? Más aún, este sabio español, que pone el sello de su inteligencia y de su inventiva poderosas en la ciencia de su edad, no era hebreo-hispano, ni hispano-árabe: era más español todavía, pues encubría malamente bajo hábitos sarracenos su fe cristiana y su sangre ibera. *Alpetragio*, digámoslo de una vez, es una de las figuras más egregias de la ciencia española. A su lado figuran los célebres agitadores de ideas, *Avempace* y *Averroes*, aquél con su carta sobre las matemáticas y su discurso sobre el libro de los *meteoros* de Aristóteles, y éste con sus estudios sobre el *Almagesto* y la *Trigonometría esférica*. ¿Y por qué no citar á *Ali-ben-Rachel*, poeta didáctico, que pone en verso la Astrología y al judío catalán *Savasorda* (siglo XII), traductor del Álgebra, de *Chodja* y tratadista original de Geometría y Trigonometría? Pero la difusión del arabismo científico aparece en este momento histórico con los nombres de *Joannes Hispatensis* y el *magister Dominicus*. Ya con Luna y Gundisalvo, se puede cerrar este breve, pero no obscuro catálogo de cultivadores y propagandistas del saber arábigo, para abrir una época nueva en los fastos de la Edad Media, la época brillante (y hasta ahora no estudiada) que señala y determina Renan (1) con estas mismas palabras: «la introducción de los textos árabes en los estudios occidentales, divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas.... El honor de esta tentativa, que había de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde á Raimundo, Arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla, desde 1130 á 1150.»

Domingo Gundisalvo, arcediano, y el judío converso Juan de Sevilla, colaboraron bajo el patrocinio de Raimundo, Arzobispo de Toledo, en la traducción *de arabico in latinum*, de multitud de obras,

(1) Renan. Averroes et l'Averroisme.

unas de filosofía y otras de ciencias exactas y naturales que divulgaron y propagaron rápidamente, por España y por toda Europa, las doctrinas de *Avicena*, *Algacel*, *Alfergan*, *Abdelazis*, *Alchabitio*, etc., etc., corriendo juntas las tesis peripatéticas y los ensueños astro-lógicos, las observaciones de la Medicina y las vanidades de la quimancia.

Árabes y judíos ganaron honra y provecho en el arte divino de Hipócrates. Ya, en el siglo X, el hebreo *Rabi-Abu-Joseph-Aben-Hasdai*, por mandato del Califa Abderraman III, se dedicó á la curación del hijo de Ramiro II, D. Sancho el Gordo, y logró curarlo de la extraordinaria obesidad que le daba nombre, tan enorme y morbosa, que por ella, le declararon los próceres incapaz para la gobernación del reino.—Si los israelitas eran igualmente cirujanos de suma habilidad, entre otras, lo demuestra la operación de la catarata que hicieron al rey D. Juan de Aragón, cuando ya era septuagenario.

Comenzado el siglo XI (1010), el judío Izchag escribió en lengua castellana, una obra de medicina en la que, por vez primera, se combate la esencialidad de las fiebres; y otro libro, apenas conocido, de *Moral Médica*, que pudiera servir de modelo á los escritores ético-didácticos de nuestros días, y de faro á todos los que ejercemos la medicina. Los médicos de su tiempo le atribuyeron la invención de un medicamento, estimado como una singular panacea. En la biblioteca del Escorial puede ver el curioso erudito un ejemplar manuscrito del libro primero de Izchag y leer frases, como estas, muestra de su saber y de su lenguaje: (1) «En la fiebre, dice el profesor judío, hay que considerar qué es, é cual es, como é, porque é, donde nace, é donde é, é como se cria, ca en demandar de la fiebre si es, será gran sandez.» Si necedad y sandez es la doctrina de las fiebres esenciales, según el médico hispano-judío, de sandez y necedad la califica nuestro fraile cisterciense *Antonio José Rodríguez* en su *Palestra Crítico-Médica* (1736) y el célebre *Brousseais* que tanto ha influido en la medicina de nuestro siglo, y que pasa por autor de la

(1) Indudablemente modificado por los copistas.



no esencialidad de las fiebres. *Abu-Joseph*, fué discípulo de *Hanoc*, el antiguo académico de *Sura*, y cultivó con igual ahinco y resultado las letras y las ciencias, dominando los idiomas hebreo, árabe y latino, y más aún, las doctrinas médico-quirúrgicas. Educado é instruído por su padre en la ciudad de Jaen, de aquí salió, para ganar, en Córdoba, primero la afectuosa simpatía de sus hermanos, después la admiración y la amistad de los próceres, y últimamente la confianza de Abderraman III, que le hizo su médico de cámara y su secretario de cartas latinas. En las embajadas que enviaron á Córdoba el emperador de Bizancio y el de Alemania crecieron, á la vez, por modo extraordinario, la fama del médico judío y la reputación del diplomático y del ministro, que á cumbres tan altas ascendió, en un estado musulmán, el sabio israelita. Y más júbilo que estos encumbramientos produjo en su espíritu el donativo hecho por el monarca bizantino al Colegio médico de Córdoba; tal fué un códice precioso de Dioscórides, puesto en latín por un monje portador del regio presente: *Abu Joseph*, acaso por su posición oficial, acaso por sus especiales conocimientos en aquel idioma, tuvo el encargo, que desempeñó gustoso, de trasladar del latín al árabe la «Materia médica de Dioscórides». El filósofo Maimónides merece también aquí un lugar distinguido: sus *Aforismos Médicos* se tuvieron en tanto aprecio y consideración como los clásicos del Padre de la Medicina; y sus *Compendios* de las obras de Galeno y Avicena, despojadas aquéllas de las sutilezas de estilo que las caracterizan, valieron al sabio judío renombre extraordinario.

En el convento de Benedictinos de Valladolid se conservaban numerosos manuscritos de un médico judío, llamado el Maestro Alfonso, nacido en el último tercio del siglo XIII.

Pero los árabes en Córdoba y Lucena y más adelante en Toledo, constituyeron centros y focos de la ciencia semítica. Córdoba, con su biblioteca, que contenía más de 200,000 volúmenes, Sevilla y Murcia adquirieron extraordinaria celebridad en España y en Europa. Y á pesar de la gloria que rodea la medicina *árabe-hispana* de los siglos medios, es lo cierto que no se hizo otra cosa más que traducir los libros griegos: no se encuentra en Anatomía, ni en Fisiología el más ligero adelanto: trasladan y copian servilmente á Galeno, y se

detienen con medrosa superstición ante los cadáveres, que podían con la voz de la muerte revelarles los secretos de la vida. Solamente dos ó tres tuvieron la osadía, grande, temeraria entonces de disecar y estudiar el cadáver humano, y no fueron, en verdad, inútiles sus exploraciones, pues rectificaron algunos errores del galenismo. Uno de ellos fué *Mohamad Algapheki* y otro *Averroes*, maestro en varios órdenes del humano saber. Este filósofo y médico insigne, pone en el cap. 8.º de su *Colliget*, las siguientes palabras que revelan sus conocimientos en Fisiología: *arteriæ quæ portant sanguinem á corde et ramificatæ sunt per totum corpus ad ferendum rem ipsam*. Aquí está indicada ya la circulación de la sangre, cuyo descubrimiento, claramente determinado, tanta gloria viene á dar á nuestro Servet en el siglo XVI y á Harvey en el XVII.

El «*Colliget*» de *Averroes*, el «*Taisyr*» de *Avenzoar* y el «*Al-Tasref*» de *Albucasis*, encierran toda la medicina árabe española; no hay en estos libros, es cierto, ninguno de esos fecundos pensamientos que abren amplios horizontes á una ciencia ó le hacen progresar rápidamente; pero sí observaciones nuevas, ideas atrevidas, y encierran casi todo el antiguo saber médico informado en estos sanos conceptos: «la experiencia es guía fiel y piedra de toque de una práctica racional».... «el arte de curar no se adquiere con distinciones lógicas y sutilezas sofisticas»....

Averroes es el primer médico que habla de las *traslaciones de sitio del reuma*; y sus comentarios al *Canon de Avicena* le valieron el primer lugar entre los médicos españoles: su maestro *Avenzoar* describió, por vez primera, el *absceso del mediastino*, y puede considerarse, por sus ideas sobre la vida y las funciones orgánicas, como el verdadero precursor del *animismo* de *Sthal*, que á fines del siglo XVII y principios del XVIII obscureció todos los demás sistemas médicos. Y en cuanto á *Albucasis*, el mejor cirujano árabe, dejó, con gusto, la palabra á un muy querido amigo mío que lo juzga de esta manera: (1) «fué un práctico ingenioso, prudente y atrevido; inventó algunos instrumentos útiles y fué autor de buenos métodos operato-

(1) Godoy y Rico (D. José).—«Del progreso en Cirugía». Discurso leído en la apertura del curso académico de 1887 á 1888 en la Universidad de Granada, (pág. 37).

rios, haciéndole acreedor á imperecedero recuerdo el que, para ejercer racionalmente la cirugía, estudió en el cadáver la disposición de las partes del cuerpo humano, lo que estaba terminantemente prohibido por las leyes de Mahoma, que consideran sacrílegas y criminales tales investigaciones».

Fueron los árabes aficionados á la Farmacia, y muchos nombres de los que hoy usamos son debidos á ellos: «alcohol, *alkoal*; julepe, *adjousap*, palabra que, en persa, quiere decir «agua de rosas»; jarabe, *schirap*; looc, *kaac*; nafta, *nefta*; alcanfor, *cafour* y otros muchos. Se puede afirmar que dieron nuevo aspecto á esta ciencia; y parece que ellos introdujeron el uso de las fórmulas ó recetas, sancionadas por el Gobierno, para la preparación de medicamentos (1)».

Una sumaria indicación sobre los judíos completará el estudio de la ciencia semítico-española en este período. Los hebreos, nación errante por el mundo desde la tragedia sublime del Calvario, vinieron á España en los primeros siglos de la era cristiana, sin que pueda precisarse la fecha de este acontecimiento. Los escritores apologéticos de los israelitas, en los días aciagos de la persecución, inventaron viajes é inmigraciones, que tenían por objeto confundir los orígenes del pueblo español y del pueblo judío; pero ningún cristiano dió por tesis comprobadas las expediciones comerciales de los hebreos á la hispana Tarsis, el reinado de Salomón en la Península, la venida del judío Hispan, uno de los reyes fabulosos y la población de la Carpetania por los israelitas, que abandonarían con él las riberas del Jordán por el gusto de colonizar las del Ebro. Fábulas imaginadas por la necesidad de la defensa en las horas terribles del infortunio; hipótesis y conjeturas sin fundamento histórico, no invalidan el testimonio epigráfico de la antigua *Abdera* (Adra), que demuestra la existencia en aquella ciudad fenicia de gentes hebreas en el siglo III; (2) y si esta inscripción no bastase, el concilio Iliberitano que se celebró en los primeros días del IV, vendría á manifestar con sus cánones sobre los judíos, la propagación y crecimiento de esta ra-

(1) Chinchilla: Historia general de la Medicina. tom. I, pág. 259.

(2) El sabio epigrafista Hübner opina que la inscripción sepulcral de la judía *Saloninula*—á que nos referimos— es de principios del siglo III.

za en Andalucía. En los postreros años de aquel siglo, el gran poeta celtibérico pintaba, con su estilo férreo, al judío lanzado del patrio hogar, en expiación del gran pecado, *llevando por mares y tierras los despedazados miembros de una raza maldita.... (extirpata... membra... per omnes terrarum pelagique plagas...)*

¿Cuándo la grey de Israel, alzando la cabeza de entre las aguas de la tribulación, revela en España su energía intelectual?—La vida literaria de los judíos comienza á manifestarse á mediados del siglo X cuando, por raro evento, vienen á la ciudad de los Califas andaluces dos rabinos que traían el espíritu de las academias orientales de *Sura* y *Pombeditah*. Como siempre, el sol de Oriente pasaba á alumbrar el Occidente. Los judíos del Cairo y de Bagdad vieron, con tristeza, apagarse la luz de la tradición talmúdica en la *aljama de Pombeditah* hacia el año de 948: fecha memorable en la cultura hebráica, porque también la *aljama de Sura* tenía la desgracia de perder á su gran maestro, *Rabi-Moseh*, esclavizado, con su bella esposa y su hijo *Hanoc*, por el almirante de la escuadra del califato cordobés, *Ebu-Rumahis*. Al faltar á *Sura* la ciencia del rabino, que venía como presa del musulmán en la armada andaluza, *Sura* debió cerrar las puertas de su docta aljama; y tal vez se derrumbó y feneció para siempre cuando, en aquella travesía por el mar de Italia á las costas españolas, la digna esposa del sabio *Moseh*, solicitada torpemente por su señor el almirante *Rumahis*, que pretendía abusar de su noble esclava, se precipitó en las aguas del mar, invocando la resurrección de la carne. Aquella muerte heroica fué como el símbolo de otra ruina: la del saber judáico del Oriente.

Al llegar á las costas de España el viudo y el hijo de la víctima ilustre, el hebraísmo peninsular experimentó una de aquellas *emanaciones* que consigna el «*Libro de la Creación*» (*Sepher-Jat-Zira*), una evolución, que diremos hoy, de la *Cábala*, superstición de letras y de números, (1) ciencia oscura, nacida misteriosamente entre persas y caldeos; bebida por labios judíos en los ríos babilónicos, durante la cautividad; adicionada por los rabinos en los tiempos talmúdicos; modificada por la gnosis y el neoplatonismo; y desarro-

(1) De ideas y de signos paralelos á ellas.

llada, en fin, con relativa perfección, en el monumento literario del *Zohar*, obra judeo-hispana del siglo XIII.

Pero si los rabinos *Moseh* y *Hanoc* fomentan en Córdoba las letras, que florecen en su academia como si el sol andaluz las animase, tres pensadores más insignes, tres nombres gloriosos representan la ciencia del judaísmo español: *Gabirol*, *Jehudá-Levi*, *Maimónides*. El primero, *Avicebron* de los cristianos, zaragozano, ó más bien malaqueño, filósofo y poeta eminente del siglo XI; el segundo, filósofo y poeta castellano del siglo XII; y el tercero, filósofo cordobés, exegeta audaz, también del siglo décimo segundo. *Gabirol* escribió la *Fuente de la vida*, sistema emanatista que deriva de Dios, substancia primera, la materia universal y la forma universal, todos los seres con todas sus manifestaciones, desde los mundos celestes hasta el mundo interior del pensamiento; verdadero panteísmo, á pesar de las creencias piadosas de su autor, cuya unidad de materia fué vista con horror por los escolásticos y extremada con rigorismo lógico por el italiano Giordano Bruno. Era *Gabirol*, con todo su emanatismo, hombre de creencias religiosas, y poeta lírico de altos vuelos, como lo demuestra su *Corona Real*, donde eleva un himno de espléndida hermosura á la *Fuente de la vida*, al inexhausto manantial del que brotan y fluyen todos los múltiples seres finitos, todas las existencias contingentes, todas las materias y formas accidentales y efímeras que ruedan por los campos de la vida, como las olas del mar por la arena de mil playas.

El segundo, *Jehudá-Levi*, poeta más alto que *Gabirol*, en los amenos diálogos de su obra filosófico-teológica, intitulada *Kuzari*, parece un alma dulce y creyente que pone la fe sobre la razón, aborrece las doctrinas audaces de los aristotélicos, tiende á los arcanos y enigmas de la cábala, y se rinde á los puros halagos y goces espirituales del misticismo.—Ni en sus himnos sacros, ni en sus diálogos doctrinales el judío castellano salta los aledaños de la Biblia. Pero otros correligionarios suyos, arrastrados por el movimiento arábigo-aristotélico, no se contuvieron en los límites de la tradición mosaica.

El cordobés Maimónides fué un racionalista que dedicó su poderoso entendimiento á la conciliación armónica de la Biblia y de Aristóte-

les; pero la *Guía de los que dudan*, obra teológica y filosófica y política, guió y condujo á muchos al abismo de la duda y de la impiedad, contra los deseos del gran talmudista. *Moises-ben-Maimon* salva de las negaciones y ambigüedades peripatéticas la existencia personal de Dios y la creación; se aparta de Aristóteles en el principio fundamental de la eternidad del mundo; niega los atributos divinos (de poder, bondad, sabiduría, etc.), para afirmarlos luego por modo indirecto; pero en lo que respecta á la inmortalidad del alma, dogma tan capital en todo sistema religioso y metafísico, el gran filósofo judío se envuelve en peligrosas nebulosidades; y en la doctrina del profetismo olvida la virtud sobrenatural y expone una teoría psicológica y naturalista. En vano el temerario comentador del Peripato abomina y execra á los *motazales* y demás sectarios de la teología musulímica interpretada con libertad filosófica: él es tan disidente como los *motacallemin*, y su gran prestigio y autoridad soberana entre los sabios, si le libraron de persecuciones, no le atrajeron simpatías, sino que, por el contrario, suscitaban agrias discusiones en las sinagogas ultra-pirenáicas, escandalizadas del racionalismo visible del *Gula*; y, puesta en tela de juicio la utilidad de los estudios filosóficos, un sínodo hebreo, celebrado en Barcelona (1305), los prohibió severamente á los judíos que no hubiesen cumplido veinticinco años. Inútil severidad! La filosofía y la duda se habían enseñoreado de la raza de Moisés, y su actividad intelectual, movida por su impulso interno y por el impulso y ejemplo de los árabes, produjo la versión de multitud de libros arábigos, que tanto sirvieron para esclarecer las sombras de la Edad Media.—Ya en el siglo X, el judío de Tortosa, *Menahem-ben-Saruk*, ampliando las observaciones gramaticales de *Saadia*, fundó en España la filología hebráica, escribiendo el primer diccionario de la *lengua santa*, con análisis y separación de raíces, que parecen artículos anticipados de la ciencia del lenguaje, honra y prez de la filología moderna. Otro sabio, *Dunash ben Labrat* ayudó á *Menahem* en las tareas lingüísticas, naciendo de este doble magisterio dos escuelas que discutieron ampliamente la gramática y el léxico; discusión fructífera y provechosa, si influyó, como parece, en la obra de *Judá ben David*, autor de una gramática, en tres libros que, con las raíces trilíteras y la voca-

lización de ciertas consonantes—en opinión de Graetz—dió al estudio del hebreo base profundamente científica, todavía firme á pesar de los admirables progresos de nuestro siglo.

El siglo oncenno trae un adelanto: la creación de la sintaxis hebrea. El cordobés *Abul-Gualid-Meruan ben Ganah* fué el autor de la obra que,—según el docto orientalista Renán—es un tratado magistral de lexicografía y de gramática. De la misma época es la *Compilación gramatical* de *Saktar Yitzjaqui*, y un poema didascálico de *Avicebron*. No contento el famoso *Gabirol* con vestir la toga de los filósofos, embriagarse con el néctar de los místicos y pulsar armónicamente el arpa de los profetas, ajustó á sus cuerdas las notas gramaticales, explicando, con fines mnemotécnicos, las reglas del idioma en versos acrósticos monorrimos.

En el siglo XII, un zaragozano, *Abu Suleiman*, escribe en árabe, una gramática hebrea; *Abul Hassan* otra denominada *El Compendio*, y *Moisés ben Ezra* un libro de *Poética*. Pero la filología hebrea de aquel siglo, si no aventaja en profundidad á la de los anteriores, tiene, en cambio, una fuerza difusiva que la saca de las lindes peninsulares. *Abraham ben Ezra*, autor de la *Balanza* (Gramática y crítica de los gramáticos españoles), y retórico no vulgar, marcó con agudeza los primores del estilo y fué el introductor de los estudios lingüísticos entre sus correligionarios de Roma. Discutió en otros libros las diferencias que habían separado en el siglo X á los fundadores de la filología hispano-hebráica, y dió la razón á *Saadia* y *Menahem* contra *ben Labrat*. Y tanto en España, como en Italia, las doctrinas de su *Balanza*, coronadas en su último tratado *Safah Berurah*, fecundaron una docta generación de hebraizantes.

Oriundos de España eran los tres Kimjis, familia de lingüistas que, establecidos en la ciudad de Narbona, supieron conservar, sin aumentos, la ciencia gramatical de su estirpe; la ciencia de *Saadia*, el último gran maestro de la Academia de Sura (fines del siglo IX y comienzos del X); de *Saruk y Labrat*, los fundadores de la Cordobesa (siglo X); de *Samuel Naguid*, *Abul-Gualid*, *Avicebron* y *Abu Ibrahim Isaac*, notables escritores los cuatro de la centuria undécima; de *Abu Suleiman*, *Abul Hassan*, *Moisés ben Ezra*, y *Abraham ben Ezra*, hebraistas los cuatro del siglo XII, en que florecían Moisés, José

y David Kimji; y, si no supo esta docta familia enriquecer la filología de su raza con observaciones propias y discursos críticos, la fomentó y extendió por la nación vecina y ejerció influencia profunda en la nuestra, impulsando con su aliento á los primeros orientalistas cristianos. Y es que en el comercio de las ideas, como en todo comercio, se importa más de una vez, con formas nuevas, lo que bajo otras ha sido antes objeto de exportación.

En las corrientes de las ideas hay confluencias, lo mismo que en las corrientes de las aguas. Así las procedentes de la fuente latina y las derivadas de la fuente semítica, vinieron á confluír en la figura literaria del *Rey Sabio*. Su grandeza se levanta en la centuria décima-tercia como la más excelsa personificación de la ciencia española. Él escribe ó inspira multitud de obras, que abarcan el ciclo entero de las ideas.—En las *Cántigas* y en las *Querellas* vierte los más puros sentimientos de su alma y despliega las galas más bellas de la poesía; en la *Crónica general* levanta el primer edificio de la historia patria; en las *Siete Partidas* deja uno de los códigos más razonados y completos del mundo; en los *Libros del saber de Astrologia*, el monumento más alto de su época, cuya luz no sólo iluminó las escuelas peninsulares, sino que atravesando las fronteras, irradió y se reflejó en todas las naciones de Europa, que debieran reconocer la influencia benéfica de aquel Rey, que fué en la política tan infortunado, como venturoso y feliz en la ciencia. Para estas construcciones literarias, se sirvió de auxiliares cristianos, moros y judíos; pero todos los libros, hasta los de astronomía, salieron de su docta pluma pulidos y hermosos, porque él—*«tollio las razones que eran sobejanas é dobladas, é que no eran en castellano derecho, é puso las otras que entendió que cumplan, é cuanto al lenguaje, enderezóle él por sí»*.

Del siglo de Alfonso X al XV, término de esta rápida excursión, hay, como jalones en el camino de la ciencia, figuras tan elevadas como Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lulio, Juan de Rupescissa y otros.

Arnaldo de Vilanova, el sabio catalán, (no francés ni italiano) es uno de los hombres más eminentes de nuestra ciencia en el siglo XIII. Estudió Teología con los dominicos de Montpellier; Gramática hebrea con Marti, el autor de *Pugio fidei*; Medicina con Juan Casa-

mida y Pedro de Muradí; y lengua árabe, *leys et decrets*, *siensa de Strolomia y alquimia* con otros maestros que le hicieron el físico más docto de su tiempo y el químico de más renombre. Se le atribuyen seis tratados de *alquimia* y de *astrologia*; aunque nadie ha demostrado la autenticidad de los *Doce sellos* y de las *Dolencias conforme al giro de los astros*. Dicen que inventó, pero también es dudoso, la obtención del espíritu de vino, del aceite de trementina y de raros perfumes y aguas de olor. Juan Andrés, el jurisconsulto, asegura, con toda seriedad, que Arnaldo, *magnus alchimista* hizo barras de oro en la corte misma del Pontífice (Bonifacio VIII). En la del rey de Nápoles (Roberto), escribió un *Arte de Agrimensura*. Tradujo *De viribus cordis* del famoso Avicena. Y llenó de obras de medicina, cirugía é higiene el siglo XIV y los siguientes, sin que exista una sola biblioteca de Europa que no muestre orgullosa códices innumerables del médico de Bonifacio VIII. Porque el Papa, cuyos pies besó el descarriado *Doctor en la Santa Teulogia* con sus escritos semi-heterodoxos sobre el Antecristo y contra los frailes, después de amonestarlo paternalmente y tenerlo en reclusión unos días para que se curase de sus desvaríos teológicos, le impuso silencio en tan escabrosas materias y le dijo: «*Intromitte te de medicina et non de theologia et honorabimus te*». Y le honró, efectivamente, haciéndolo su médico de cámara. Cincuenta y dos obras de medicina se citan del médico catalán, que en la higiene y en la terapéutica hizo maravillas, pasando á la asombrada posteridad con la aureola de sabio y con el título glorioso de maestro de Raimundo Lulio.

Ramón Lull funda, como Aristóteles ó Descartes, un sistema filosófico, que ha tenido vitalidad poderosa no sólo en España, donde todavía en 1749 lograba intérpretes tan claros y profundos como el *Doctor Pascual*, sino en Italia, donde *Agripa*, entre otros filósofos, comentó el *Arte breve*, y *Jordano Bruno* llamó *ingenio divino* al sabio mallorquín, despues de estudiar sus obras con entusiasmo, y hasta en Alemania, donde sin gran esfuerzo se vislumbran influencias lulianas en el *armonismo* del gran *Leibnitz*. Sistema original, expuesto en formas desusadas, las hojas de aquel *árbol de la ciencia*, que gozó de vigor tan exuberante, á pesar de los golpes de hacha de *averroistas* y de *tomistas* apasionados, caían sobre las cátedras

de Barcelona y Palma, á fines del siglo XV, se introducían con *Nicolao de Pax* en la Universidad complutense á comienzos del XVI, descendían, en el mismo siglo, sobre la orden franciscana por mano de Riera, lozaneaban, todavía en el XVII, entre los carmelitas, como Fray Agustín Núñez, se agitaban con la elocuencia de Bennasar ante el tribunal de Carlos II, al espirar aquella centuria, y en la décima octava luchaban aún sostenidas por Fornes, Custerer, Torreblanca y Pascual, y se enlazaban con las hojas sueltas del escolasticismo conciliador del P. Luis de Flandes. Y no sólo plantó el frondoso *arbor scientiæ* de vegetación tan espléndida nuestro *Doctor Iluminado*, sino que labró todos los campos de la actividad con su genio poderoso. Él, armado con los textos de la Biblia, sostuvo valientes discusiones con los hebreos, él fué—como Tomás Moro, otro mártir de la fé,—generoso utopista en las islas de la política ideal; él mostró sus condiciones de preceptista literario, no sólo en capítulos distintos del *Ars magna* y de la *Aplicació d' art*, sino en una obra especial de *Retórica*; él ascendió, con su tratado de *Astronomia* á los cielos y divagó por las nubes de la *Astrologia*; él recorrió los abismos del mar con su famoso *Arte de la navegación*; él trazó las severas líneas de la *Geometría Nova y Magna*; él, sin creer en la transmutación de los metales, que niega rotundamente, trabajó en el laboratorio de la alquimia y, con fervor más puro sacrificó en las aras de la ciencia médica. Señaló la composición del *agua fuerte* é indicó métodos más sencillos, que los entonces usados, para la obtención de algunos cuerpos. En su obra *Ars de principiis et gradibus medicince* «marcó la utilidad y superioridad de la ciencia médica, y en su libro *De regiminibus sanitatis et infirmitatis*», indicó los grandes conocimientos que exige la ciencia de curar para ejercerla debidamente. Inteligencia poderosa que abarcó todos los conocimientos y, que lo mismo combatía la filosofía averroista en París, que predicaba el evangelio en Bugia, siendo tan hábil químico como su maestro Arnaldo y tan buen médico como el mejor de su época» (1).

(1) Publicó, además de los citados, los siguientes libros de medicina: *Liber de arte medicina compendiosa*; *Liber de pulsibus et urinis*, en el que dá la importancia debida á la observación de estos fenómenos, para el diagnóstico y pronóstico de las enfermedades.—«*De medicina teórica et practica*» *Ars curatoria*, que es un resumen de medicina práctica.— De Química, según Boerhave escribió 60 obras.



Juan de Rupescissa, aventurero, agitador, religioso franciscano, misionero errante, predicador á orillas del Rhin y del Danubio, censor acre de las costumbres viciosas de su siglo, teólogo calenturiento con visiones apocalípticas, vaticinador de cosas trágicas y estupendas, como la venida del Anticristo entre guerras y catástrofes y desdichas de la época milenaria....., Rupescissa, tan semejante á Vilanova y á Lull, en su vida agitada y en sus tendencias intelectuales, lo fué también en las científicas. El autor de las *Visiones*, compuso igualmente diversos tratados *alquímicos*, tan inciertos y oscuros como los ensueños de su imaginación; y con el nombre de este sabio fantaseador y vagabundo, gran tipo de la *edad media*, cerraríamos el período inmediato al siglo XV, si no merecieran, como merecen, honorífica, aunque breve mención, el dominico del XIII, docto hebraizante, adversario temible de moros y judíos, autor del *Pugio fidei*, Ramón Martí, cuya *Teología natural* fué un ariete del *averrroísmo* y un monumento de sabiduría para su tiempo; y Raimundo Sabunde, catalán, no francés, que nos hace penetrar en la centuria XV con su admirable libro *De las criaturas*, teología, como la de Martí, alumbrada por la luz de la razón, no por el criterio de la autoridad, teología ¡cosa extraña! basada en la observación y en la experiencia, pero que, con todos sus méritos no es más que una brillante manifestación de la ciencia luliana, un eco prolongado de Raimundo Lulio.

La historia de la medicina en este período presenta, lo mismo entre los árabes que entre los cristianos, un espectáculo hermosísimo: la prodigiosa multiplicación de los establecimientos benéficos: al lado de la catedral ó de la mezquita se encuentra un hospital ó una escuela, que sostienen los reyes ó los califas, los obispos ó los particulares. El Cid Campeador funda en Palencia, en 1067, la primera leprosería. Un siglo después hay cuatro hospitales en Zaragoza, de los que uno se destina á los peregrinos y otro á los leprosos. «En el siglo siguiente (XIII) se crearon muchos para los atacados del *fuego sacro* ó de S. Antón, entre los cuales figura, como el más antiguo, el de Castrojeriz, provincia de Burgos, cuyo comendador de la orden hospitalaria de S. Antón tenía á su cargo otros varios en las Castillas,

Portugal y Andalucía; otro en Mallorca por el rey D. Jaime; el de S. Julián de Zaragoza, que con otros se refundió en el de Ntra. Señora de Gracia en 1425; otro en Burgos, titulado del Rey, á cargo de las Huelgas y desempeñado por comendadores de la orden de San Antón; dos en Barcelona, uno para leprosos y el de Santa Cruz; otro de S. Antón en Madrid; otro de leprosos en Sevilla, cuya fundación se debe á Alfonso el Sabio, y dos más con el título de S. Antón y la Caridad; otro en Salamanca para leprosos, y tres más, uno del *Estudio*, llamado de los judíos, donde enseñaba Anatomía el Dr. Zumel, judío, profesor de aquella universidad, y los otros dos para toda clase de enfermos; seis en Valladolid, con los nombres de S. Lázaro, situado al otro lado del puente del Pisuerga, de Santa María de Esqueba, de Todos los Santos, de S. Pedro Mártir, de D. Pedro Miago y de D. Nuño Pérez.... Basta con los citados para comprender el inmenso poder de la caridad cristiana en aquellos siglos, y lo mucho que hizo en los siguientes en favor de estos asilos benéficos (1).

III.

Llegamos al siglo XV, término de nuestro viaje literario. Siglo de corrupción general, no tan profunda como la satirizada en el XIV por el arcipreste de Hita; de anarquía social atajada al cabo por el milagroso esfuerzo de los Reyes Católicos; y de gran fermentación científica, que produce un movimiento intelectual, más español que ninguno, el siglo XV se puede distinguir con un título glorioso: *el siglo de los descubrimientos*: la brújula (2), la imprenta, el Nuevo Mundo!

Dirijamos una mirada á la ciencia española en sus variadas mani-

(1) Renuard: Historia de la Medicina. Nota del trad. Sr. Villanueva, pág. 312.

(2) La invención de la brújula no es gloria del siglo XV. Consta en los libros científicos del Rey Sabio que, durante el siglo XIII era ya conocida y aplicada por navegantes cristianos; pero hasta las expediciones marítimas del XV, honra eterna del esfuerzo español, no obtuvo la brújula el desarrollo que permitían sus aplicaciones.

festaciones, empezando por la ciencia de Dios y de sus atributos, colocada entonces al frente de todos los estudios, como señora entre siervas.

La teología en el siglo XV afila principalmente sus armas contra los dos enemigos de la fe católica, que es la fe de Covadonga y de las Navas y va á ser pronto la fe de Granada y de un *nuevo mundo*. Contra los judíos y los moros disparan sus argumentos los teólogos de la raza hispana, y, con más calor y brío, los conversos, los neófitos que, entonces como siempre, los nuevos creyentes eran los más enconados enemigos de sus hermanos de ayer.

Contra los moros habían escrito: á fines del siglo XIII, cuando estaba prisionero en las mazmorras de la Alhambra, aquel obispo jienense, mártir de la fe cristiana, S. Pedro Pascual, que no sólo hizo brillante *Impugnación de la secta de Mahomat*, usando, de los primeros en estas materias, la lengua del pueblo, sino que refutó el fatalismo musulmán, y vindicó la libertad humana en su *Libro contra las fadas et ventura et oras minguadas et signos et planetas: don Juan Manuel*, sobrino de Alfonso el Sabio, conforme con el obispo mártir y con el *Doctor Iluminado*, enemigo también de la astrología judiciaria, llamaba á las artes ocultas *desservicio de Dios et daño de las almas et de los cuerpos...* Y si *Raimundo Lulio*, contra la opinión corriente, no creyó en el lenguaje de los planetas, menos creyó en las *suras* del *Korán*, antes, por el contrario, emprendió una cruzada contra el profeta de la Arabia y sus secuaces, riñendo grandes batallas teológico-filosóficas con el sarraceno *Homario* y con las huestes del *Averroismo* y, desnudando, en el siglo XIV, la espada de que hablaría un siglo después, *Juan de Segovia* «*De gladio spiritus in saracenos*». Este adalid de la teología, en la obra indicada, luchó con el mahometismo, después de esgrimir el acero de su dialéctica contra los cismáticos griegos. Y en este campo no anduvo solo: un hijo espiritual de Sto. Domingo, el cardenal *Juan de Torquemada*, autor de libros polémicos contra los herejes Hussitas, escribió con igual denuedo *Contra errores perfidi mahometi*. Y del mismo ejército enemigo se desprendió un soldado valeroso, el converso *Juan Andrés*, que se hizo notable en su briosa *Confutación de la secta mahometana*.

Pero más ardía la guerra en la cálida arena del judaismo. Esta raza odiada, blanco de los anatemas conciliares y de la furia popular, recibió en el siglo XV los más rudos ataques, tanto en la vida intelectual, como en la social y política hasta llegar al decreto de expulsión de los judíos de 31 de Marzo de 1492. De la raza judía saltaban las flechas más aceradas contra el judaismo. El célebre rabi *Abner* de Burgos, que en las postrimerías del siglo XIII esperó, como toda su gente, con cándida fe y loca ansiedad, la venida de *Jesús hijo de David*, prometido y anunciado á los hebreos de Castilla por dos venerandos rabinos, aquel rabi *Abner* lanzó contra sus antiguos correligionarios el *Libro de las tres gracias*, y las *Guerras del Señor*. ¡Tremendo había sido el desengaño! «Vendrá luego, (decían los rabinos profetas á los campesinos de las tierras castellanas) vendrá luego el destructor de las cadenas que oprimen á los descendientes de Israel; vendrá el anunciado por Isaías y David, el Mesías esperado por tantas generaciones!...» Y vestidos de blanco, con los ojos en el cielo y la fe en el Dios de Moisés, hombres, mujeres, ancianos y niños al rayar el día 30 de Abril de 1295, se encaminaron á las sinagogas, que su imaginación exaltada veía ya resplandecientes con los puros reflejos de la Majestad Divina. Pero no se oyó la señal de la trompeta que debía anunciar la aparición milagrosa. Sólo vieron los judíos brillar en los aires la Cruz, retratarse el árbol de la redención con líneas de fuego en los muros de las sinagogas y pintarse en los blancos vestidos y en la faz conturbada de los israelitas!...

Artes de satanás, según los unos, milagro del cielo, según otros, hecho estupendo fué, que perturbó la calma y prosperidad de las aljamas españolas, nunca tan florecientes, como al espirar el siglo XIII. Hecho estupendo, que lo refieren dos judíos bautizados al escribir contra su propia raza el *Scrutinium Scripturarum*, y el *fortalitium Fidei*. Pablo de Santa María, antes del *Scrutinium*, gran talmudista, docto escriturario, orador elocuente, subido á los más altos puestos del Estado, volvió contra los judíos *infieles* las armas de su poder y de su inteligencia. En contacto con el santo fraile Vicente Ferrer, aquel *ángel del Apocalipsis*, que en un día terrible libró á los judíos valencianos de las furias populares; pero que ya, después de haber bautizado millares de israelitas conversos por su elocuencia de fuego,

trata de domar con el látigo de la ley la contumacia de aquel pueblo; en contacto, pues, el antiguo rabí con el misionero católico, y desde la cancillería mayor del reino, publicó en Valladolid, al comenzar el año 1412, el *Ordenamiento sobre el encerramiento de los judíos é de los moros*, pragmática severa, que tiende á poner fuera de la ley común á la raza proscripta, cercando de muros las *juderías*; vedando el trato con los cristianos; quitándoles sus jueces especiales; imponiéndoles distintivos—señales bermejas en sus trajes,—y prohibiéndoles, entre otras cosas, que fueran *boticarios, cirujanos, ni físicos*, que visitasen á los cristianos en sus enfermedades, ni les diesen *medicinas, ni jarábes, ni hojaldres, ni especias, ni pan, ni vino*. ¡Tal recelo y tanto odio inspiraban los físicos y los drogueros judíos y tanto se iba estrechando el círculo de hierro que había de ahogarlos á todos! Pero ni el *Ordenamiento del Burgense*, ni la bula de *Benedicto XIII* (*Pedro de Luna*) de 1415 contra los judíos españoles, pertinaces en su incredulidad, (bula en la que, sin duda colaboraron los ex-judíos *García Alvarez de Alarcón* y *Andrés Beltrán*), ni otras disposiciones legales del mismo carácter lograron quizás, á lo menos con tan suave eficacia, lo que había conseguido el congreso de Tortosa (1413), la asamblea de teólogos católicos y teólogos judíos, que delante del Pontífice, debatió con las armas de la exégesis bíblica, los más arduos problemas de la conciencia, el dogma fundamental del Mesías prometido, redentor y salvador del linaje humano. ¡Espectáculo admirable, debatir con la voz del raciocinio lo que suele debatirse con la voz de los cañones! El médico de Benedicto XIII, el judío de Lorca *Jehosuah*, convertido en *Jerónimo de Santa fe*, al recibir el agua del bautismo, desafió á los rabinos de toda España á discutir, en público certamen, los fundamentos de la santa fe que le daba nombre. Catorce rabinos, que designan al latinista y escriturario eminente *Vidal Ben-Veniste*, para mantener el pendón del judaísmo en la académica lid, acudieron al lugar de S. Mateo, próximo á Tortosa, donde los caballeros andantes de la Teología, armados con los textos de los *Libros santos*, sostuvieron en sesenta y nueve encuentros (1)

(1) Sesenta y nueve sesiones, que empezaron el 7 de Enero de 1413, se celebraron en el espacio de 21 meses.

la virtud y hermosura de sus damas. Brillante fué el éxito: sólo dos rabinos persistieron en su error: doce abandonaron el talmudismo y abrazaron con entusiasmo la religión cristiana. Pero no se debió el triunfo solamente al esfuerzo de *Santa Fe*: dos conversos más, el valenciano *Andrés Beltrán* y el castellano *García Alvarez de Alarcón*, ayudaron al médico del Pontífice con sus grandes conocimientos en filología hebrea y caldaica. Triunfo admirable, seguido de pueblos enteros convertidos á la fe, no fué obra de un momento: preparado venía por las elocuentes predicaciones del *ángel del Apocalipsis*.

Pero su discípulo más ilustre, el docto mantenedor de la palestra teológica, no se limitó á desplegar contra los rabinos los textos de la Biblia: lanzó sobre la cabeza de los contumaces el *Hebræomastix*, rayo de la persecución, que estalló entre el fuego de otras obras anti-judáicas, procedentes todas de antiguos judíos: el *Scrutinium del Burgense*, *La Declaración...* y el *Memorial de los misterios...* de *Maestre Juan el Viejo de Toledo*, el *Fortalitium...* de *Espina*, el *Zelus Christi* de *Pedro de la Caballería*, el *De mysteriis fidei* de *Pablo de Heredia*, y otros libros cargados de erudición escrituraria y de cólera santa de los judíos *fieles* contra los *infieles*, que seguían esperando y soñando entre las obscuridades del *Talmud* y de la *Cábala*. Que no era la teología española, en aquel siglo de transición y de lucha, un monumento acabado como aquel del Renacimiento que habían de labrar los artistas geniales *Salmerón, Toledo, Cano, Soto, Arias Montano y Suárez*. Pero ya se iba levantando el pedestal de tan hermosas estatuas, y la ciencia de Dios inscribía allí nombres memorables: *S. Vicente Ferrer*, espada y rayo de la elocuencia, apóstol de la raza deicida; *fray Bonifacio*, hermano de S. Vicente, no indigno de tal honor; *Pablo de Santa María*, escriturario eminente, exegeta sapientísimo, polemista invencible; *Alonso de Cartagena*, su hijo, honra de los prelados,—*dæcus prælatorum*,—á quien el Papa consideraba digno de ocupar, con más derecho que ninguno, la cátedra de S. Pedro; el *Tostado*, fecundísimo escritor, monstruo de sabiduría, cuyas obras llenan una biblioteca; *Juan de Segovia*, oráculo de los padres congregados en Basilea; *Alonso de Espina*, debelador del judaísmo desde el baluarte de su *Fortalitium*; *Alonso de Oropesa*, que con la *Lumbre de la fe*, ilumina los cami-

nos de los cristianos nuevos, perseguidos por la calumnia; *Sánchez de Arévalo*, notable por su libro *De mysterio Trinitatis*, y *Fernando de Córdoba* que, si no exageran algunos cronistas, «sabía de memoria la Biblia.... los escritos de *Alberto Magno*, *Sto. Tomás*, *Alejandro de Hales*, *Scoto* y *S. Buenaventura*; los libros de ambos *Derechos*, y las obras de *Avicena*, *Galeno*, *Hipócrates*, *Aristóteles* y muchos comentadores....., las lenguas hebrea, arábiga, caldea, griega y latina....», y disputó con los doctores de Francia y de Italia y fué excelente pintor y músico, y todo esto en edad juvenil, maravilla de saber que hizo sospechar á los pusilánimes que no era, ni podía ser otro que el Antecristo.

La filosofía, tan estrechamente unida á la teología, y más en aquellos tiempos, ofrece en el siglo XV muestras valiosas de sus adelantos. El *lulismo* que, en 1478 y 1481 ocupó cátedras oficiales de Barcelona y Palma, explicando por boca de *Llobet*—autor de dos libros,—la lógica-metafísica, las cuales se identifican en el seno del realismo, no debió ceñir su propaganda á aquellas islas, donde siempre ha florecido el *arbor scientiæ*, sino que alcanzó á las comarcas andaluzas, como parece inferirse de un dato bibliográfico, á saber, de haber sido un libro de *Pedro Dagui*—segundo catedrático oficial de lulismo—la obra primera que se imprimió en Jaen, ocho años después de la toma de Granada. El mismo *Fernando de Córdoba*, el sabio autor *De artificio omnis scibilis*, filósofo profundo que intentó la conciliación suspirada del idealismo platónico y del empirismo aristotélico, no obstante su desdén á los lulianos, que creía enfermos y delirantes, sintió á su pesar la influencia de Lull, no sólo en la disposición y método de su obra, sino hasta en el fondo de su pensamiento, que da á las especies de Aristóteles la realidad objetiva de las ideas de Platón. El *escolasticismo*, sistema filosófico, que en nuestro suelo ha echado más raíces que otro alguno, tiene en ese período que alumbran ya los albores del Renacimiento, varios representantes, que lo son también de las tendencias varias de la Escuela, que desde Santo Tomás hasta Suárez, los dos príncipes de la filosofía cristiano-aristotélica, en el espacio de cuatro siglos, siguió muchas direcciones y recorrió diversos caminos, tanto las que conducen al *nominalismo* materialista que convierte los conceptos intelectuales en meros sonidos *flatus vocis*, como al realismo estre-

mado que les atribuye existencia independiente del entendimiento humano. Brillan en este período, y no caben todos en esta rápida enumeración, *Antonio Andrés*, el *Doctor Dulciflvo*, partidario de *Escoto* y comentador de Aristóteles y Porfirio;—el carmelita *Guido de Tenina*, que escribió acerca de la *física* y *metafísica* del Maestro;—el franciscano *Eximenis*, que en sus obras enciclopédicas desarrolló las cuestiones más arduas de la filosofía, con inclinación al *lulismo*; el famoso *Alfonso* de *Madrigal*, que en latín y en castellano discurre, entre otras cosas, acerca de la amistad y del amor, y de las virtudes y de los vicios y del estado de las almas separadas de los cuerpos...; el cardenal *Torquemada*, que escudriñó los principios fundamentales del Derecho natural; el jeronimiano Gonzalo de Frías, autor de una notable *Philosophia*, *Ethica*, *Politica* et *Oeconomica*; y el agustino Alfonso de Córdoba, que llevó á la Universidad salmantina las disquisiciones del *nominalismo*. Y no son de este lugar, porque de las cumbres de la ciencia han pasado á los jardines de la Literatura la multitud de escritores moralistas del siglo XV, que, sosteniendo en su bandera católica el lema del filósofo pagano, que vive como tipo de sabiduría en los proverbios de nuestra gente, continúan la tradición *senequista* que, ya en el siglo VI, se manifiesta en los tratados morales del apóstol de Galicia, S. Martín Dumense, y que habrá de revelarse en el XVII entre las ásperas moralidades del gran satírico D. Francisco de Quevedo. ¿Pero, cómo olvidar esta legión de literatos *senequistas* que—á excepción del príncipe de Viana, verdadero talento filosófico—se contentan con recoger algunas flores caídas del árbol del *estoicismo*, labrado con manos cristianas? Obtengan siquiera breve y honrosa mención D. *Pedro*, infante de Portugal, el de las *Siete Partidas*, *senequista* moralizador en su *Virtuosa Benfeitoria*; y el rey D. *Duarte*, padre de Alfonso V, de Portugal, que manifiesta el mismo espíritu en su *Leal Conselheiro*; y los castellanos *Alonso de Cartagena*, *Pérez de Guzmán*, *Díaz de Toledo*, *Juan de Lucena* y *Sánchez de Arévalo* que, con iguales intentos y en idéntico lenguaje, cultivan las llamadas hoy ciencias morales y políticas, invocando á Séneca más que á Cicerón; pero de todas suertes, obediendo al impulso retroactivo que lleva las almas hacia los tiempos áureos de la sabia antigüedad. Todos, filósofos y poetas, sabios y

artistas, ya se inspiren en la escuela provenzal, que agoniza, ya evoquen en la *Selva oscura* del alegorismo al gran poeta medioeval, que palidece y se eclipsa á medida que se acerca la nueva aurora, ya, en fin, como en son de protesta, trabajen en el molde viejo de la escuela poética castellana, próxima á desaparecer, todos, con más ó menos conciencia de la sugestión que padecen, se mueven en el mismo sentido, tienen el mismo horizonte: todos son renacientes, y todos anhelan verter de prisa, á borbotones, la erudición que han laboriosamente digerido: todos,—ellos lo declaran—poseen ya la *materia* de la antigua cultura, pero no son todavía dueños de la *forma*. La escuela didáctica, la que tiene por fin esencial la comunicación de la ciencia, no es una de las dos ó tres escuelas del siglo XV, que señalan y distinguen los historiadores. Es la escuela predominante, es la única, porque inspira todas las restantes y las encamina por los mismos derroteros. Didácticos son, allá en la desembocadura del Tajo, el infante de Portugal y su hijo el Condestable; los dos *Pedros*, el primero, autor del poema *El Contempto del mundo*, verdadero doctrinal de virtudes, y el segundo, autor de la *Satira de felice é infelice vida*, en prosa y verso, sueño y visión amorosa, que se resuelve en un elogio de la Piedad y de la Prudencia; y didácticos son, acá en el nacimiento del Tajo, los poetas y oradores de la corte de D. Juan II. Hasta las crudezas y ferocidades de las *Coplas del Provincial* y las transparentes alusiones de las de *Mingo Revulgo*, pinturas fieles de la disipada corte de Enrique IV, son docentes como los *Salmos penitenciales*, en coplas de pie quebrado, y el *Decir de los doce estados que olvidan el servicio de Dios*, en coplas de arte mayor, obras de *Pero Guillén de Segovia*. *Juan de Mena*, uno de los ingenios príncipes de entonces, había enseñado en su poema de los *Siete pecados mortales*, los estragos de la soberbia, la avaricia, la lujuria y la ira; y *Gómez Manrique* en su *Prosecución de los vicios*, se encarga de exponer las tristes consecuencias de la gula, la envidia y la pereza. Didáctico es el bachiller *Alfonso de la Torre*, en su *Visión delectable*, donde figuran la Gramática, la Lógica, la Retórica y otras personificaciones de la ciencia; y didáctico el príncipe de Viana en su *Epístola á todos los valientes letrados de España*, exhortándoles á escribir un libro de moral cristiana, com-

prensiva de todos los órdenes, del intelectual y del religioso, del económico y del social, abarcando desde la idea de la *felicidad humana* hasta el concepto de la *gracia divina*, y desde las relaciones del hogar y de la familia hasta «*el universal regimiento de la cosa pública*». ¡Plan inmenso, digno de un filósofo profundo, que era á la par orador elocuente, cronista egregio y erudito sin par! ¿Qué más pruebas del espíritu docente de aquella centuria? sólo una, para no prolongar más estas secas enumeraciones: las *Coplas* de *Jorje Manrique*, aquella elegía famosa, castiza y pura, elegante y bella, más sentida que todas las poesías trovadorescas juntas, aquel llanto poético del buen hijo sobre la tumba de su padre, el gran Maestre de Santiago, es una hermosa lección de filosofía moral, un eco, tal vez, de aquella elegía en que el moro de Ronda lloró con lágrimas del corazón la pérdida de Sevilla y Córdoba, arrebatadas al musulmán por el valor cristiano; un eco, sin duda, de los poemas de *Guzmán y Mendoza*, *Vicios y Virtudes* y *Bias contra fortuna*. Elegía gloriosa, parafraseada, traducida, coreada por las alabanzas de cuatro siglos, ha llegado al nuestro, como un sermón elocuentísimo sobre las pompas y vanidades del mundo, que pasan y se desvanecen como *verdura de las eras* y *rocío de los prados*.

No hay necesidad de probar la tendencia didáctica de la elocuencia y de la historia. La oratoria, arte que ilustra el entendimiento y mueve la voluntad presentando el material científico envuelto en galas poéticas, halló algunos representantes en la centuria décima quinta. *La lamentación á la muerte del rey D. Alfonso*, del *Príncipe de Viana*, sentido elogio del conquistador de Nápoles, es comparada por su elocuencia á *La segunda destruycion de España*, del Marqués de Santillana. *D. Fernando de Bolea*, amigo y consejero del Príncipe, lloraba lo mismo que *Pinós*, *Martínez* y *Fernández de Heredia*, la temprana muerte de aquel caballero sin igual, *primogénito de Aragón*, de *gloriosa memoria*, en cuya tumba derramó lágrimas la nación entera. En el púlpito, durante el reinado de Enrique IV, gozaban fama de elocuentes los célebres predicadores *fray Alonso de Espina*, judío converso; *D. Francisco de Toledo*, obispo de Coria; y *Juan González del Castillo*, el más popular de todos, víctima inocente del despecho satánico de una pecadora. Y avanzando hasta

el reinado de los Reyes Católicos, no se interrumpe la «tradición que asocia los preclaros nombres de *fray Pedro Pascual*, *fray Jacobo de Benavente* y *D. Pedro Gómez de Albornoz* á los de *fray Luis de Granada*, *fray Luis de León* y el padre *Pedro de Rivadeneyra* (1)». *Pedro Prexamo*, teólogo y canonista; *Mosen Diego de Valera*, consejero de los reyes; el agustino *Jaime Pérez*, elevado á la silla episcopal de la *Seu*; el dominico *Clemente Ferrer*, de facundia y celo ardentísimo; y *fray Juan Márquez*, que recordó á sus contemporáneos la elocuencia apostólica y las virtudes evangélicas del *ángel del Apocalipsis*..... son, entre otros ciento, honra del sacerdocio y gala de la oratoria sagrada en el siglo XV. Que no era fruto desabrido de selvática energía, sino hija del arte, obra de erudición y de ingenio, lo indican aquellos consejos retóricos que daba á los predicadores un comentador del *Eclesiástico*: «*Non esconda la verdat del su enseñamiento so fermosura de palabras, parando más mientes á la apostura de la fabla que al seso...*», sin duda porque no faltaban en el púlpito atildamientos de lenguaje y selección de tropos que velaran y mitigaran la severidad de las censuras morales.

La historia, *maestra de la vida*, *testigo de los tiempos*, *luz de la verdad*, libro abierto por las generaciones pasadas á las sucesivas, para que aprendan á vivir, huyendo los escollos en que muchos naufragaron y siguiendo las rutas que llevaron á algunos á puerto de salvación, ese arte didáctico fué cultivado también por multitud de escritores. *D. Carlos*, Príncipe de Viana, traductor de las *Ethicas* de Aristóteles; *D. Pedro de Urrea*, aragonés ilustre; *D. Diego Pablo Casanate*, gala también de Aragón; *Diego Enríquez del Castillo*, Capellán del rey Enrique IV; *Alfonso de Palencia*, protegido del duque de Medinasidonia; *Pedro de Escavias*, alcalde de Andújar, conocido entre los trovadores; *Juan de Arquellada*, natural de Jaen, y, para concluir, *Hernando de Rivera*, hijo de Baza, narrador en verso, ya del tiempo de la toma de Granada, escriben respectivamente, la *Corónica de los reyes de Navarra*; la *Relación de las inquietudes de Cataluña*; la *Crónica de la cibdat é sancta iglesia de Tarazona*; la *Corónica de D. Enrique IV*; las *Décadas latinas* y la

(1) Amador de los Ríos: Historia crítica de la Literatura Española.

Crónica de su tiempo; la compilación *Repertorio de príncipes de España*; la *Crónica del Condestable D. Miguel Lucas de Iranzo*; y la *Crónica rimada* de la guerra, que tuvo por remate glorioso la reconquista de Granada, poema histórico, escrito en los paréntesis de las batallas y leído á la mesa de los reyes y de los capitanes, en el mismo campamento de Santafé, cuyo horizonte cerraban las torres, jardines y alcázares de la espléndida corte de los Alhamares. Pero de todas estas narraciones históricas y de otras que podían fácilmente adicionarse, no la más imparcial, porque todas rinden culto á la verdad y á la justicia, sino la más clásica, la que tiene el sello literario de la época, es la *Crónica de Enrique IV*, por su consejero, el docto sacerdote ya mencionado, *Diego Enríquez del Castillo*, cuya obra representa el paso de las antiguas *crónicas*, más ingenuas y pintorescas que elegantes y pulidas, á la *historia*, digna de este nombre, tejida de filosóficas reflexiones y elocuentes discursos, de valientes apóstrofes y censuras enérgicas, declamatoria alguna vez, pero sincera, libre, con la generosa «osadía de hablar» y la «licencia de escribir», que se conceden á los narradores, aunque pisen las cámaras reales, pero en medio de su bizarría, discretamente contenida en los límites del decoro y de las altas conveniencias.

Nació el clasicismo, pero no sin hostilidad ni protestas. Importación erudita, provocaba las quejas y las iras de las viejas musas castellanas. Venía aquél á regenerarlas y engrandecerlas, mas nunca se han hecho las reformas sin dolor ni lucha. Representantes del arte popular, vagaban entonces, por doquiera, los *tañedores* y *tromperos*, las *cantaderas* y *danzaderas*, el *juglar* que recitaba romances y fábulas caballerescas, el *histrión* que representaba *mimos* y *entremeses* y el *coro*, en suma, de actores, cantores y poetas, custodios de la hermosura, pálida ya y marehita, de la castellana musa, doncella andariega que, en virtud de mágicas transformaciones, parecidas á las descritas en los libros de caballerías, florecientes á la sazón, venía de siglo en siglo y de ciudad en ciudad, salvando montes y selvas al enemigo reconquistadas, á cantar delante de los cármenes granadinos los mismos romances y cantos de victoria que compuso en los riscos santos de Covadonga, al inaugurarse la epopeya de la reconquista. Ya decía el Marqués de Santillana, con desdén aristo-

crático, que esos cantares eran cosa de *que la gente baja è de vil condición se alegra*; pero el ilustre magnate, guerrero y poeta, en quien el *saber no embotó nunca el fierro de la lanza*, había recogido, por orden del rey, los proverbios y *refranes que dicen las viejas tras el fuego*, y compuesto frescas y suaves cantinelas, tal vez en las mismas fronteras del reino granadino, de modo que los toscos sonetos de influencia clásica salidos de su docta pluma no valen *un vaso de bon vino* (que diría Berceo) y menos comparados con los frutos de arte popular sazonados en sus huertas del Henares. Pero es indudable que los próceres más altivos gustaban todavía de estas flores rústicas: el magnífico condestable *D. Miguel Lucas de Iranzo*, en las bodas de su primo Fernán Lucas y de la hija del alcalde mayor de Andújar, *dixo un cantar* á la manera de un juglar vagabundo, y en otras fiestas, de las muchas y muy espléndidas con que maravilló á los jienenses, hizo que alternaran con las danzas, torneos, cañas y sortijas, *momos de falsos visajes, farsas, representaciones y misterios*. El teatro, pues, existía ya hacia 1470, emancipado del templo. El cabildo de Zaragoza, siete años después, mostró su liberalidad y magnificencia, representando en una iglesia los misterios de la Natividad, en obsequio *ó por servicio y contemplación de los Señores Reyes Católicos*; pero ya la musa teatral dejaba la sombra de los altares, buscaba el aire libre de las vías públicas y se iba á regocijar al pueblo entre las cuatro paredes del humilde *corral*, llamado á ser el solar democrático y el cimiento indestructible del gran teatro español. Uno de sus iniciadores, uno de los precursores de Lope de Vega, fué Juan de la Encina, cuyas composiciones dramáticas se empiezan á representar ¡fecha memorable! en 1492, y concluyen en 1496, siendo las primeras obras de asuntos religiosos, y las segundas de asuntos profanos, hechos de guerra y lances de amor; luchando en estos felices ensayos del arte nacional las dos tendencias, la nueva y la vieja, el clasicismo toscano latino, que ya asoma, y la escuela antigua que se eclipsa y desvanece. Lo que no moría, lo que luchaba y vencía en esta contienda literaria, no era el *momo*, ni el *misterio*, halago de los ojos del pueblo y de la nobleza; ni la novela caballeresca, halago de la fantasía popular, flor extraña aclimatada en nuestro suelo; ni tampoco el ingenioso *decir* y la *rima* artificiosa

de los trovadores; lo que no moría, sino que se vigorizaba potente, y se erguía victorioso, era el romance, el romance popular, nacido con la lengua, bautizado con ella, crecido entre fatigas y aventuras, guerras y amoríos, como la nacionalidad española; el romance, canción lírica y narración épica, metro vulgar y verso culto, poesía castiza, verdaderamente indígena y nacional que, sobreponiéndose á los elementos clásicos, triunfó al fin y ganó la palma inmarcesible, con Góngora y Lope en la poesía lírica, con Lope y Calderón en la poesía dramática, y con todos los poetas del siglo de-oro en las variadas y espléndidas regiones de la literatura nacional. El romance histórico, que repetía las aventuras y conquistas del invicto Campeador, terror de los moros valencianos; el romance fronterizo que improvisaba el guerrero en las veladas nocturnas, á la luz de las hogueras que alumbraban dos reinos; el romance morisco, que lloró con los moros vencidos en el Dauró, y los despidió en la loma del Padul y regresó á los cármenes á bañar sus notas en las aguas y brisas perfumadas de los alcázares nazarietas, ese romance del siglo XV, vivió lozano, vive robusto y vivirá potente mientras la lengua de Castilla tenga resonancia en algún ángulo de la tierra.

Haciendo el tránsito lógico y fácil de las letras á las ciencias propiamente dichas, apenas, fuera de las médicas, se notan rastros y vislumbres. En mineralogía, diligentes bibliófilos han encontrado una obra del siglo XV, un *lapidario*, que se intitula *«Declaraciones de las naturalezas de las piedras et de las virtudes et gracias que nuestro Señor Dios en ellas dió»*. De *lapidarios*, si el afán escrutador nos llevase á la busca de antecedentes, existen los que Alfonso el Sabio, mandó traducir del árabe al rabí *Jehudáh-Mosca-ha-Qaton*, y al clérigo *Garci Pérez*, á saber, el *lapidario de Aben-Quich* y los tres de *Abolays*, obras que estudian cerca de 400 minerales por el *especial color que han por natura* y por las virtudes que les presta la influencia poderosa de los astros. Ya se comprende por esta indicación, cuán lejos andaban todavía de la verdadera ciencia, representada con más exactitud y sin el aparato de influjos siderales, por el libro XVI de las *Etimologías* de *S. Isidoro*, que trata *De lapidibus et metallis*.—La Botánica no nace hasta que *Diego Alvarez Chanca*, compañero de Colón en su segundo viaje, describió

en carta al municipio hispalense algunas plantas del Nuevo Mundo, inaugurando la serie gloriosa de los *Oviedos*, *Monardes*, *Acostas*, *Hernández y Fragosos*, que estudiaron y clasificaron la riquísima flora del continente americano. La Zoología surge también vigorosa en la *Historia Natural de las Indias* por Fernández Oviedo; y si antes de esta época se rebuscan datos y observaciones zoológicas, de algún interés para el histórico desenvolvimiento de la ciencia, no faltan valiosos en las obras de *cetrería* y *montería*, de los tiempos medios, debidas á D. Juan Manuel, Alfonso XI, el canciller Ayala y otros ingenios de noble estirpe, que hallaban placer y esparcimiento en los varoniles ejercicios de la caza.

La *Alquimia* era la química de entonces: empeñada en trasmutaciones maravillosas, codiciosa del oro que debía salir resplandeciente de las escorias del horno atestado de piedras diversas, fué el preámbulo misterioso y la evolución primera de la gran ciencia experimental, que, con la física su hermana, ha transformado la faz del mundo y la vida de nuestra época. Pero entonces, aquí y fuera de España, (porque no íbamos á la zaga, sino delante de los pueblos más cultos), la *Alquimia*, con sus raras manipulaciones y sus nombres enigmáticos, era la química posible, la única que podía existir entre las conjeturas astrológicas, las visiones apocalípticas y las combinaciones misteriosas de la *Cábala*. Suponen entendidos críticos que es ficción del siglo XV, no más antiguo, el tratado alquímico *Libro del tesoro*, atribuido sin fundamento, lo mismo que la *Clavis Sapientiae*, al rey Alfonso el Sabio, enemigo declarado de estas vanidades y supercherías. Obra del mismo siglo, ó del XIV, son igualmente la *Magia natural*, *La investigación del secreto recóndito*, *el Testamento novísimo*, *el Libro de los mercurios*, *la Cantinela de Raimundo Lulio* y otros opúsculos de alquimia, escritos en latín, sin razón alguna atribuidos al *Doctor Iluminado*. En la biblioteca de nuestra Universidad se conserva un manuscrito *De la piedra filosofal*, donde los curiosos pueden hallar la receta maravillosa para trasmutar los metales, ó sea hablando en el lenguaje del arte, *el secreto para aumentar el Sol*, que *Sol* era para los trasmutadores el *oro*, perseguido con loco afán por todas las generaciones humanas. *El oro* es el *codiciado infante* de que habla en coplas de arte mayor un escritor

valenciano, Luis de Centellas, describiendo hacia 1480 ó 90 la preparación de la *piedra filosofal*. Las palabras son tan oscuras como las ideas: «*el rey cristalino vestido de albura, se baña en vino; verificase en óleo la mistura del cuerpo y del alma; lograda la sétima congelación, ha de surgir una piedra de buena pujanza*», y, después de combinaciones y frases tan nebulosas brotan del antro alquímico un chorro de fuego, que se apaga, y una columna de humo, que se desvanece como los sueños del visionario.

En esta misma época, tradujo al castellano una obra enciclopédica el minorista Vicente de Burgos. Es la intitulada *De proprietatibus rerum*, de *Glauvilla*, recopilación hecha en el siglo XIV y todavía en el XVI vulgarizada por la imprenta y estudiada con interés, por contener noticias varias de *astrología* y *de música, cosmografía y ética, geometría y medicina, cirugía y teología*, amén de otras materias no menos curiosas é inconexas. Y este libro, ambiciosamente rotulado *Historia natural d' todas las cosas*, aunque exótico, pertenece á la ciencia española, por conservarse en él á través de la edad media, la tradición isidoriana, luz, fuente y consuelo de tantas generaciones.

Esta penuria científica, que contrasta con la riqueza literaria, admite alguna excepción en las ciencias médicas, que en la rama á quien dió nombre vulgar el famoso *Aben-el-Beithar*, presenta una obra escrita en dos romances peninsulares: en 1493 se dió á la estampa la traducción castellana que hizo *Martin Martínez* del *Tractat fet per lo magnífich Mossen Manuel Díez*.

Pero en la medicina que cura ó alivia las dolencias de la humanidad, en esa ciencia enaltecida con los nombres españoles de Laguna y Valles, Pereira y Mercado, Servet y Montaña de Monserrat, pocos nombres dignos de salir de la obscuridad ofrece la historia científica del siglo XV. No presenta una figura, de las que llenan un siglo, ni un descubrimiento de los que forman época; que no aparecen los genios sino cuando á Dios place en sus designios supremos, y la ciencia se forma y se dilata más por el impulso colectivo de los modestos obreros de la inteligencia, que por la repentina aparición y empuje de los colosos. Protejida la medicina española por los reyes y enriquecida con remedios nuevos, se va preparando á experimentar una de sus más



profundas evoluciones: la caída del galenismo y de sus intérpretes árabes ante la verdadera ciencia hipocrática. Y algo contribuyó á este progreso la mortífera epidemia que en 1348 diezmó las poblaciones de Italia, Francia y España extendiendo sus estragos y dilatando sus horrores en el año siguiente por Alemania, Holanda é Inglaterra. La *Peste*, como el *Cólera* de 1834 en Madrid, fué precedida de lluvias abundantes; pero en el siglo XIV, otro fenómeno más espantoso acompañó á las tormentas en el anuncio de la *peste*: violentos terremotos, repetidos con frecuencia, desgarraron el seno de la tierra y ocasionaron numerosas víctimas, pregoneros de la cólera divina, para las almas tímidas y piadosas. Dominadas por estas creencias, muchas personas corrían desnudas por las calles y se azotaban con sangrientas disciplinas en expiación de sus pecados, y las plegarias de los sanos y los gritos de los enfermos se confundían con las voces apasionadas que acusaban á los judíos de haber envenenado las aguas. Siempre la ignorancia y el odio, enlazados torpemente han derramado sangre en esas crisis tremendas de la vida universal: entonces fueron los judíos condenados al fuego; en nuestro siglopreciado de culto, son médicos los que caen asesinados en las ciudades europeas. ¿Y de aquella epidemia, qué fruto sacó la ciencia médica? El terror que produjeron aquella y otras epidemias análogas de los siglos XIV y XV, hizo que en España se establecieran, por vez primera en el mundo, *las morberias* ó cuarentenas, levantadas en la isla de Mallorca el año de 1471.—Una obra referente á *epidemias*, el *Tractatus epidemialis*, editado por *Vasco de Taranta*, es el primer libro de medicina que se imprime en España; ignoramos la fecha, pero es obra tipográfica del siglo XV.

Entonces, la Anatomía, base de estos estudios, era ya estimada en su justo valor por nuestros médicos. Bien claro lo dicen el monasterio de Guadalupe (1322), la Universidad de Lérida (1391), el anfiteatro de S. Nicolás en Salamanca y el privilegio concedido á la cofradía de S. Cosme y S. Damián en Zaragoza (1488), que revelan elocuentemente, con la disección de los cadáveres, su tendencia á la observación y análisis del organismo para llegar al conocimiento exacto de su estructura. Pero con estos felices comienzos y tanteos experimentales, la Anatomía de aquel tiempo no llegó á producir un

tratado científico. La Universidad de Salamanca había establecido una cátedra de Anatomía, con aplicación á la Cirugía, valiéndose sus profesores de una estatua de movimiento para la colocación de los vendajes. Y á pesar de tan ingeniosos mecanismos, el arte de las operaciones quirúrgicas, puesto en manos de los barberos, permanecía estacionario y no podía salir de su rutina, ni logró salir de su estancamiento hasta que difundió Amiguet su enseñanza, abriendo en 1490 una escuela especial de Cirugía en la ciudad de Barcelona.

La Higiene tuvo un apologista en un médico de D. Juan II, el bachiller *Fernán Gómez de Cibda-Real*, que dice en su *Centón Epistolario*: «Las reglas del buen vivir son más sabias que las de Avicenna.....» «La gota se pega á las preparaciones de la gula.....» Y recordando el *principiis obsta*, añade con tanta verdad como buen sentido: «La sanidad grande no se hunde de súbito, cá por un comienzo chico comienza la corrupción postrimera». Máximas á que pueden adicionarse otras análogas de las cartas del Bachiller, tan amigo de la Higiene, como enemigo de la Polifarmacia, célebre entre los literatos por sus epístolas y no menos digno de celebridad en la medicina española, por el sano espíritu que informa su *Centón* y por su práctica médica en la cámara de los reyes y de los magnates de su siglo. Por mandato del Condestable, fué á Alburquerque á medicinar al infante D. Pedro..... *repleto de internas congojas.... é con dos fiebres menguante é creciente.....*, y le sangró *dos vegadas*, le hizo tomar *dos brevages refrigerantes*, y le curó. Al capellán mayor D. Pedro López de Miranda, que padecía de gota, le recomendó *la temperanza.... é la sutil agua de Segovia*. Los grandes estimaban tanto á su *físico*, que le daban el cariñoso título de padre. Acompañaba al monarca en sus viajes y en Ávila le libró de *un parogismo con una fiebre acrecentada que por muerto fué tenido*. Y en fin, hizo el pronóstico exacto de la muerte del rey: *fué á Valladolid é el mal desde en la villa entró fué de muerte é asi lo dije.....* (como escribe en su *Centón Epistolario*). Otro médico de D. Juan II fué *Alfonso Chirino*, que fué enviado con *Francisco Soria* á averiguar y sofocar los errores teológicos de los *Begardos* y *Beguinos* de Vizcaya. *Chirino* escribió dos obras, *Espejo de la Medicina*, tratado higiénico-médico, en dos partes, que trata desde las funciones diges-

tivas con el régimen conveniente en las cuatro estaciones del año, hasta los medios preservativos de las epidemias, y de las torceduras y heridas dando para cada síntoma un remedio. Mal era este de la época que evitó, sin embargo, Cibda-Real con su admirable sentido práctico. Que tenían gran crédito y estimación las medidas higiénicas, escudo conveniente en toda ocasión y más aún en las tormentas epidémicas, lo acreditan, además, otros dos escritores mencionados por la historia bibliográfica. Tales son: *Luis Alcañiz*, que en 1477 se ocupó en el «*Régimen preservativo y curativo de la pestilencia*, y *Diego de Torres*, que en 1485, trazó una obra análoga, «*De las medidas preservativas y curativas de la pestilencia*». De otro orden, más científico tal vez, por la alteza y relativa originalidad del pensamiento, es la producción de *Juan de Avignón*, intitulada, *Medicina Sevillana ó Topografía médica de Sevilla* (1), escrita en 1419 y más de un siglo después (1545) impresa por el médico y farmacólogo Nicolás Monardes. Es una de las más antiguas topografías del mundo, con el mérito verdaderamente extraordinario de haber comprendido la influencia que el medio ambiente ejerce en los organismos. Trata el médico hispalense del *regimiento de la salud especial sobre la ciudad* de Sevilla, donde había *husado de Física, ca há bien treynta y un años*, y, habiendo visto y comparado muchas tierras, pudo *entender mejor qué diferencia ay entre esta ciudad á las otras*. Avignón entendía que eran estas *cosas nuevas y placenteras*, y sin duda no recordaba que ya «en 1273 había escrito en nuestra España *Benjamin-ben-Jone-Tudelénsis* una topografía médica de Zaragoza, y un autor de ignorado nombre y famosos escritos su *Regia Medicina practica Castellæ*, la cual en realidad de verdad fué antes que la de Avignón publicada, pero con fecha muy posterior escrita (2)».

Si en el estudio de la *complisión* local ó topografía médica y en el establecimiento de las *morberías* ó cuarentenas, fuimos los españoles los primeros en Europa, nos adelantamos también en el tratamiento

(1) Un ejemplar de esta obra se encuentra en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad.

(2) Javier Lasso de la Vega: prólogo á la obra de Avignón, edición de los bibliófilos andaluces, 1885.

moral de los locos, víctimas inocentes de la superstición y de la ignorancia, conjuradas por desdicha en contra de los infelices alienados, que creían fieras humanas ó posesos de las furias infernales, dignos del exterminio y de la muerte. Á la elocuencia de un predicador de la Merced se debió el cambio de opinión y de sentimientos. Vagaban errantes, al comenzar el siglo XV, por las calles y plazas de Valencia multitud de seres que llevaban en sus frentes escrita la más lastimosa de las dolencias. No sufrían persecuciones, pero ni la ciencia les prestaba sus luces, ni la religión sus consuelos. La indiferencia los dejaba morir en el abandono y la caridad se apresuraba á ofrecerles un lecho fúnebre. Pero la religión tendió una mano compasiva á los dementes, y la ciencia caminó de su brazo. El elocuentísimo Fray Juan Gilabert y Jofré hizo el milagro: su palabra de fuego conmovió al pueblo valenciano, y el año 1409 se formó la Cofradía de Inocentes, que construyó una casa donde recoger á los locos. Aquel primer manicomio honra á la ciudad del Cid y á la España del siglo XV, que antes que ninguna otra nación de Europa consideró como hermanos enfermos á los hombres desprovistos de razón, y los estudió con amoroso interés y los salvó de las tinieblas del espíritu, cien veces más negras y espantosas que las tinieblas materiales. Cundió el ejemplo por Aragón y fundó Alfonso V en 1475 el hospital de Zaragoza con el ambicioso lema *Urbi et orbi*,—que parece abarcar la ciudad, la patria, la humanidad entera—y se extendió á la región andaluza, donde alzaron los sevillanos el hospital de *Dementes* en 1476, y llegó, en fin, el contagio de la caridad á Toledo, que vió levantarse en 1483 el hospital del Nuncio.

Manicomios son estos que, humildes como todas las cosas en sus principios, representan la primera piedra del magnífico edificio de la redención del loco, obra de que se enorgullece nuestro siglo. Fuera su origen más ó menos científico, indudable es el hecho de que, siglos antes que las demás naciones, cuando la locura era para todos obsesión de los demonios, influjo satánico de los espíritus infernales, blanco de abominación y escándalo, España recogió á los pobres orates, los estrechó entre sus brazos, les aplicó el tratamiento moral, y, con sentimientos generosos, supo comprender y realizar lo que cuatro siglos más tarde (1833) dijo nuestro insigne paisano,

D. Javier de Burgos: «con un poco de esmero pueden los locos ser vueltos al goce de la razón y al seno de la familia».

La medicina española, á fines del siglo XV ofrece tal aspecto que hace exclamar con orgullo á los insignes escritores facultativos Villalobos y Gutiérrez: «tenemos excelentes físicos y cirujanos, capaces y dignos de dirigir la salud de los reyes». Julian Gutiérrez publicó en Toledo, el año 1494, una obra que escribió en Barcelona, adonde pasó con los Reyes Católicos á recibir á Cristóbal Colón que volvía del Nuevo Mundo: la obra del ilustre médico se tituló *De potu in lapidis præservatione*, y revela profundos conocimientos de las lesiones del riñón y la vejiga, ocasionadas por el *mal de piedra*. Es Gutiérrez el primero que habla de inyecciones en la vejiga y enumera bien los síntomas propios de los cálculos en ese receptáculo. ¡Lástima grande que esta obra apenas sea conocida en nuestro país!— También Francisco López Villalobos, que luego fué médico del emperador Carlos V y de su hijo Felipe II, dió á las prensas salmantinas de 1498, el *Tratado de la enfermedad de las bubas*, poema didáctico que escribió siendo estudiante, obra que fielmente describe esa enfermedad, y ofrece en su tratamiento el dato curioso de que ya se usaban las preparaciones mercuriales, (mezcladas con mirra, acíbar é incienso), que se han dado en siglos posteriores como remedio moderno y único.

Otros muchos, que sería impertinente enumerar, cultivaron en todas direcciones el campo inmenso de las ideas. Pero si, enamorados de la síntesis nos atreviéramos á poner en un solo hombre la representación fiel de la ciencia general española, al espirar la centuria décima quinta, sin duda encontraríamos la figura del gran humanista Antonio de Lebrija, caudillo de la escuela filológica en su más amplio sentido y en sus vastos desarrollos. Él fué nombrado cronista é historiador por los reyes conquistadores de Granada; él hizo, por encargo de la reina, el primer tratado gramatical de la lengua castellana; él publicó diccionarios y artes del idioma latino, habiendo llegado sus obras hasta las aulas de la actual generación escolar; él figura entre los hebraístas por su obra *De litteris hebraicis*; él funda con Arias Barbosa el helenismo, trazando las *Institutiones græcæ linguæ* y *De litteris et declinatione græca*; él colabora en la *Biblia*

Polyglota de Alcalá, al lado de Pablo Coronel, Alfonso de Zamora, Juan de Vergara y demás artífices de aquel glorioso monumento. Nebrija es autor «*De artis Rhethoricæ compendiosa coaptatione*», arte literario, que no se parece á las *flors del Gay Saber* del siglo XIV, ni al *Arte de trobar* del XV, porque pertenece á época más culta, y á retórica más sabia, á la que nacía de las caudalosas fuentes del renaciente clasicismo: *ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*. Nebrija cultiva el derecho, conforme al sentir de los humanistas, como lo demuestra su *Lexicon juris civilis* y sus *Aenigmata juris civilis*. Nebrija, entre los numismáticos, es citado por sus dos *relecciones De Mensuris y De Ponderibus et Nummis*. Nebrija fué el primero en España que midió un grado del meridiano terrestre, y en la Cosmografía y en la Geografía recibe elogios por su *Tabla de la diversidad de los días y horas en los lugares de España y otros de Europa que les responden por sus paralelos*, y por su notable *Introductorium Cosmographicæ*. Nebrija, en suma, influyó en el desenvolvimiento de todas las artes y ciencias, directa ó indirectamente, con su enseñanza politécnica, propia del verdadero humanismo, siendo una de las glorias del Maestro, que el médico y botánico eminente, poeta y helenista, traductor de Dioscórides y descubridor de la válvula *ileo-cecal*, el sabio Andrés Laguna se apellidase con orgullo discípulo de Nebrija. ¡Tal era Antonio de Lebrija, el Maestro por antonomasia! ¡Maestro en las ciencias y en las artes, maestro universal en todas las direcciones literarias del *humanismo*, y sobre todo, *Maestro* en la *lengua romance*, que acababa de pronunciar los nombres de Dios y patria en las florestas moras y en los bosques indios!

Porque la espléndida cohorte de poetas y oradores, filósofos y cronistas, botánicos y médicos, que florecen en aquel siglo usan todos, desde un extremo á otro de los reinos cristianos de la Península, un mismo lenguaje, con ligeras variantes, un idioma, ya formado y adulto, el de la España central, que sobreponiéndose á los demás *romances* peninsulares, se convierte, al alborear el siglo XVI, en órgano literario de la España una y entera; aconteciendo por un sincronismo admirable que la impresión de la primer *Gramática Castellana*, dedicada por el Maestro Nebrija á la Reina Isabel I, coincide con la toma de Granada. En 1492 está fechado el *Arte* del fundador de la

lingüística castellano-latina. No sería difícil rebuscar antecedentes más ó menos inconexos, como el *Vocabulario en latín y romance* del historiógrafo *Alfonso de Palencia*, y también sus *Sinónimas*, para el estudio de entrambos idiomas; pero la *Gramática del Maestro Nebrija*, conviene repetirlo, es el primer monumento filológico de la lengua española, de esa lengua opulenta en voces, pródiga en armonías, espléndida, majestuosa, la más apta para hablar con Dios (según frase del César Carlos V); la mejor para expresar las ideas más altas y los sentimientos más puros en boca de todas las razas, desde la blanca asentada en el cabo occidental de Europa, hasta la cobriza, errante por las pampas de las Indias; digna, en fin, de aquel magnífico elogio de Quintana, que decía, refiriéndose al *argonauta osado*, que

Al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la Cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.

Estamos ya en el término de nuestra reseña histórica. Y de ella no parece temerario inducir que la ciencia española es, originaria y fundamentalmente, latina, sin que pesen un átomo en la balanza los elementos pre-romanos. Roma nos dió el municipio, la lengua, la religión: Roma encarnó en nuestro pueblo, como no encarnó en las Galias, ni en la Britania, ni en ninguna otra de las naciones que llamaba provincias: nosotros en cambio, le dimos emperadores, poetas, filósofos y sabios. La segunda edad de la literatura latina es española. Los visigodos eran cristianos, pero no habían alcanzado la cultura especial de los hispano-latinos que sometieron á su yugo. Sus leyes fueron sabias por lo que recibieron del influjo latino; su fe se rindió á la fe hispana ensalzada por la elocuencia de S. Leandro en el tercer concilio de Toledo: y su ciencia, representada por S. Isidoro, un extracto perfecto y admirable, pero extracto, al fin, de la sabiduría antigua. Y no se perdió ésta en las eternas luchas de la reconquista. Los árabes y los judíos, ese elemento semítico que parece venir de otros orígenes á aumentar el caudal científico de España y de Europa entera, ese elemento es latino ó griego, que Grecia y Roma son dos fases de una misma cultura. Hoy no puede negarse: la ciencia semí-

tica, traducción infiel y vago comentario de la griega, ilustró por nuestro conducto á las demás gentes europeas; pero su arte, que es tan adventicio y de acarreo como su ciencia, no tuvo eco en el arte cristiano peninsular. El orientalismo de que hacemos tan brillantes metáforas, es.... una hipérbole más de los andaluces. Un arzobispo de Toledo y un rey de Castilla, por medio de sabias traducciones, traen al acervo común algunos elementos semíticos; pero la cultura indígena, la hispano-romana, como hilo de agua que, al cabo, se trueca en corriente poderosa, viene, á través de la Edad Media, por vías más ó menos patentes, creciendo y engrosando hasta que, acaudalada por los arroyos procedentes del clasicismo latino-italico, desemboca con gran ímpetu en el mar del Renacimiento. Porque permitidme, Señores, esta paradoja: el Renacimiento no existe: el clasicismo greco-latino, que en nuestro siglo de oro hace manifestación tan deslumbrante, no renació en verdad, porque no había muerto.... Los siglos y las civilizaciones no tienen solución de continuidad: unos se enlazan con otros, trasmitiéndose la herencia de sus abuelos; y así el Renacimiento, opuesto por antítesis especiosa á la Edad Media, no hizo más que heredarla, aumentando el caudal paterno, y mostrar luego sus riquezas en magnífico y generoso alarde.

Ya lo oís, jóvenes estudiantes: la riqueza intelectual es un tesoro heredado de nuestros mayores y acrecentado por la actividad de cien generaciones. Deber común es aumentarlo; mengua y deshonra empobrecerlo. Vosotros, regocijo y esperanza de la patria, sois los llamados á alegrarla y enriquecerla con las flores del sentimiento y los frutos de la inteligencia, conservados en las obras literarias que constituyen la gloria más pura de las humanas. ¡Gozo infinito el de nuestro pueblo, honra inmensa la de esta Casa, si logra vuestro esfuerzo inscribir algunos nombres en los fastos de la Ciencia española!

HE DICHO.